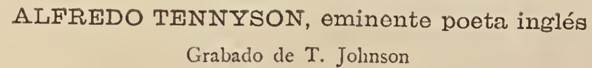
La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 17 de noviembre de 1890 — Núm. 464

Con el presente número 464 se reparte el tomo VIAJE POR EL NILO, segundo de la nueva serie de la Biblioteca Universal. El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.



ALFREDO TENNYSON, eminente poeta inglés

Grabado de T. Johnson

SUMARIO

RÉPLICA ARTÍSTICA AL SR. CASTELAR

(Conclusión)

No me detendré en otros, de grande y positivo mérito, por más que se llamen Cano, Zurbarán, Morales, Herrera, Pacheco, Céspedes, Antolínez, Ribalta, Cerezo, Navarrete, Mazo, Tristán, Pantoja y otros muchos, porque el excesivo número dificulta y haría pesado el particular análisis, del cual podrían resultar decepciones poco gratas para los ligeros ilusionistas. Dejando de citar á Ribera, aunque nuestro, por haber fijado su residencia en Nápoles, erigiéndose en jefe de aquella escuela, y premuerto á Velázquez; pero ni el discípulo de D. Diego, D. Juan Carreño de Miranda, ni sus coetáneos Rizi y Coello pudieron continuar sosteniendo el esplendor de nuestra escuela española, y extinguióse aquel brillo, y hubo de recurrirse á artistas extranjeros, entre otros á Lucas Jordán ó Giordano, y más recientemente á D. Antonio Rafael Mengs, cuando Carlos III intentó la regeneración del arte con mejor deseo que feliz resultado.

De Velázquez acá, ó hasta principios de este siglo, durante el espacio de unos ciento cincuenta años, ¿qué genialidad y espontaneidad artística ha brotado entre nosotros? ¿Qué maestro genial y espontáneo ha merecido legítimamente este honroso título? ¿Qué contingente de artistas pintores podemos presentar?

¡Sólo uno! Yo no veo á otro más que el indómito, el fogoso, el verdaderamente genial y espontáneo aragonés D. Francisco Goya y Lucientes, el cual, sacudiendo todo freno, traba, precepto y tradición de escuela, y afirmándose en las reglas del arte, y sujetándose al ideal de la belleza, que sentía de un modo distinto; guiándose por su genio, talento y estudio; tratando con igual facilidad y acierto lo mismo los asuntos religiosos que los históricos, lo sagrado que lo profano, las costumbres que el retrato, el capricho que la caricatura; colocándose frente á frente de la escuela académica y del estilo de su amigo y coetáneo David, presentándoles batalla con armas de buena ley, y desarrollando toda la fuerza de su temperamento naturalista, venció, y dejó afirmada la base del carácter que los mismos franceses adoptaron luego, abandonando en parte á su maestro y corifeo, siguiendo á Goya, acentuándose más y más de cada día en la exageración del *realismo*, sin que tal probablemente fuese el propósito del maestro aragonés. Hecho que no puede negarse, sanción perenne del triunfo del artista Goya, gloria grande haber trazado un rumbo al arte, y verlo seguido de más ó menos cerca por casi la totalidad de los pintores en todo el mundo.

A causa de perturbaciones graves en nuestra nación, y durante todo lo que va transcurrido de siglo, de olvidos en la enseñanza, de vicios de escuela, de malos ejemplos en la educación y amor al arte, de falta de verdadera protección y bien entendido estímulo,... no se siguió ni el rumbo señalado por Goya, ni el seguido por nuestros buenos artistas antiguos, ni el impulso dado al arte en las demás naciones; mientras en ellas adoptaban lo nuestro, para devolverlo servido en vajilla extranjera, y nos pareciese más sabroso, nos satisfacíamos en bravatear recuerdos gloriosos evaporando vitales fuerzas. Los artistas apenas pudieron contar más que con sus propias fuerzas y recursos, y unas y otros se agotaban, quedando rezagados; y cuando empezó á fijarse la atención en tan importante asunto, permitiéndolo períodos más aparentemente tranquilos, aunque en otro orden de ideas absorbentes no menos agitados, aunque no hubiese necesidad de empezar por crearlo y hacerlo todo, que algo había aprovechable, no fué posible alcanzar á los demás, y se hubo de seguir de nuevo, atraídos y llevados por él, otra vez el impulso extraño.

Brotaron los destellos del genio de Eduardo Rosales, casi sin protección, y discutido, casi negado su mérito,... no arrebatado, porque los esfuerzos fueron impotentes para tamaña injusticia,... y por desgracia apagados á sus primeros brillos, y cuando su sentimiento, talento y estudio hacían esperar mayores resplandores.

Brotaron las obras del genial Mariano Fortuny, cuyo peligroso estilo, por ser tan conocido y gozar de universal renombre, no calificaré; pero muere ese notable artista casi repentinamente, cuando se esperaba en su promesa y buen deseo algo más nuevo todavía, más sólido y de carácter distinto.

En el arte pictórico, todo lo demás que tenemos, por más que entre sus producciones se ofrezcan algunas muy notables y muchas muy recomendables, no como espontáneo y genial, no como de estilo propio y carácter especial se ofrece al examen; y no es eso lo que se requiere para presentarnos bien prevenidos en esas luchas internacionales de las artes de la paz, ni á la defensa en nuestras exhibiciones regionales ó locales.

¡Cómo no hallar, repito, los que aun sueñan en las *escuelas nacionales*, que fueron, cómo no hallar por inevitable resultado en el arte nuestro el sello del cosmopolitismo, impresionándonos por lo extraño, imitando lo extraño, viviendo la vida intelectual y de sentimiento con alimento extraño, y buscando los artistas, por precisión, en centros extraños los elementos que no encuentran en nuestra patria, la atmósfera de que carecen en sus regiones y lo indispensable en sus localidades! Y en esta completa carencia de elementos, de atmósfera, de indispensabilidades, puede figurar como suma y conjunto la falta general de educación artística, ó los resabios de la mala educación, que es peor cosa, y consecuentemente el desconocimiento del valor y la importancia transcendental del arte de lo bello en sus variadas manifestaciones y aplicaciones. Eso produce la indiferencia artística, y de ésta nace el asfixiante vacío, cegando á la vez un inagotable manantial de riqueza para los pueblos y la nación.

Yo aplaudo y admiro á esa juventud y á esa pléyade de artistas, que luchando con tantas dificultades y carencias y faltos de protección se empeñan y continúan luchando y produciendo obras de arte de mérito notable, y cuyo genio y talento y estudio quizá realizarían obras de mayor importancia, de primer orden, á contar con otros medios y con otro género de seguridades, y con estimulada lucha, pura y exclusivamente artística.

Dando fin á esta *Réplica artística* (dejando para otra ocasión abundante materia), yo creo que el señor Castelar, con su clarísima y elevada inteligencia, con su delicado y fino sentimiento artístico, con su posición y medios para hacer resonar su voz y ser escuchado y atendido, no debiera emplearla en esas frases de relumbrón, derrochando y despilfarrando sólidos conceptos revueltos con otros ilusorios, los cuales en vez de conducir al esclarecimiento de la verdad, la extravían y se convierten en puntos de partida para correr por las sendas de los errores; en vez de entregarse á esa historia ficticia é ilusionista, debiera verla tal cual es, no sembrando nieblas para recoger obscuridades. Y colocándose en firme, decir que en esta nación, en la que las predisposiciones de sus naturales para las Bellas Artes son excelentes, con menos esfuerzos y dispendios que en otras, podrían obtenerse grandes y quizá mayores resultados. Que no es verdadera ni bien entendida protección á los artistas, ni fomento al arte, dispensarla á gran precio, aunque la merezcan, á unos pocos privilegiados en un solo centro, y concentrar en él la instrucción, la enseñanza, la educación y todos los medios de ejemplo y estímulo, limitándolo, dificultándolo y negándolo á otros; que la exuberancia de vida intelectual y de sentimiento de un estado, aglomerándose en su centro puede ser efímera y por su desequilibrio hasta mortal, como lo es el exceso de aglomeración de sangre en el corazón ó en la cabeza; porque una nación es exactamente parecida á la estructura del organismo humano; no es bastante para su vida ni ésta se comprendería con un corazón ó un cerebro, sino que necesita toda su armoniosa combinación, sus extremidades para su movimiento y vida, afluyendo la sangre al corazón y refluyendo de él; llevando de igual modo desde el centro á ellas y de éstas al centro su fuerza:... lo que la sangre representa en la vida del ser, lo representa en la nación la savia intelectual, científica y artística. Desde el punto de vista de lo que se trata, creando, fomentando y protegiendo Academias, y Escuelas de Bellas Artes, y de Artes y Oficios, Conservatorios de Música y Declamación, Centros de Literatura y Buenas Letras, Bibliotecas, Museos de Arte, Arqueológicos y de Industria suntuaria, publicaciones de obras importantes encaminadas á ese fin, exposiciones, concursos, certámenes, cuyos premios principales consistiesen en la compra ó remuneración de las obras de mérito real y positivo, librándolas de pandillajes y padrinazgos, camarillas, ingerencias é influencias relacionadas con miserias y pequeñeces que nunca deben alcanzar á las Bellas Artes, y que cual activo veneno las mata; menos ampulosos preámbulos, menos imprácticos artículos encomiásticos, menos jefes de oficina y más jefes de taller, menos bordados uniformes y más blusas trabajadoras, más obras de arte y de industria y menos saturación de tinta de imprenta...

Si el Sr. Castelar se hubiese colocado en tal orden de ideas, y en este sentido hiciese resonar su autorizada voz, ó con la pluma las repitiese cuantas veces fuese necesario,... que son muchas, el Sr. Castelar podría producir un mágico efecto y un gran bien.

JUAN O. NEILLE

SECCIÓN AMERICANA

ARQUEOLOGIA MEXICANA

EL MONUMENTO DE LA DIOSA DEL AGUA

La estatua colosal de que vamos á ocuparnos y que es muy conocida de los arqueólogos, tiene su origen en la noche de los tiempos. Durante muchos años la *Diosa del agua* permaneció oculta en uno de los montículos que se alzan al Noroeste de la gran plaza situada al pie de la pirámide de la *Luna*, á 500 metros del límite meridional de la base de esta misma pirámide: allí permanecía con la faz vuelta á la tierra.

M. Mayer, en un opúsculo que escribió sobre México, habla de las antigüedades de Teotihuacán, y representa esta estatua con la cara tocando al suelo, pues así estaba cuando este autor trazó su dibujo. En 1865, cuando Maximiliano visitó las pirámides y las ruinas de San Juan de Teotihuacán, interesóse en gran manera por la *Diosa del agua*, y no satisfecho del nombre de *mesa* con que los indígenas designaban este monumento, nombro una comisión científica de ingenieros, encargada de levantar la piedra, y puso á sus órdenes una compañía de zuavos franceses que secundara sus trabajos. De la posición horizontal que ocupaba, la piedra fué colocada en posición vertical, y este cambio permitió ver que la cara interna, hasta entonces oculta, estaba esculpida y representaba un rostro de mujer. La comisión dió cuenta de su cometido al emperador, el cual dió orden de que el enorme monolito fuese transportado á México, para lo que se necesitaba hacer un gasto de 40.000 pesetas, sin contar los pelotones de soldados que el transporte hacía indispensables, y cuya misión había de consistir en practicar las convenientes excavaciones y abrir el camino que debía recorrer el monumento. Este proyecto no pudo realizarse por causa de los sucesos que se desarrollaron á la sazón en aquel imperio.

Desde aquella época la piedra fué abandonada y punto menos que olvidada; los naturales de aquellos lugares, sea por el respeto supersticioso que todavía profesan á sus antiguos ídolos, sea por el firme deseo de no desprenderse de la *piedra*, que á sus ojos representaba una tradición, concibieron el plan de volver á derribarla colocándola en su posición primitiva; pero no pudiendo lograr su intento, trataron de sepultarla debajo de tierra, piedras y barro. No les salió mejor esta tentativa que la anterior, y sólo consiguieron cubrir la estatua de piedra y de guijarros en su longitud, dejando, sin embargo, en descubierto la cabeza.

Así quedó la cosa durante muchos años, hasta que en agosto de 1889, por iniciativa mía y del coronel Rafael Echerrique, y con autorización del general Porfirio Díaz, presidente de la República, que siempre ha demostrado muy buena voluntad para asegurar el éxito de la empresa, y gracias también al apoyo del ministro de Instrucción pública el señor licenciado D. Joaquín Barranda, tomé las oportunas medidas para llevar á cabo el transporte del monumento.

Este monumento es, á mi entender, la representa-



Fig. 1. – El monumento de la *Diosa del agua*, de Teotihuacán (México), recientemente transportado al Museo de México

ción auténtica de la escultura más arcaica de los *toltecas* en el continente americano, y representa la imagen de *Chalchuitlicue* ó *Diosa del agua*. La diosa lleva el collar, conserva el sitio ocupado por la medalla de que nos habla Sagahún en la descripción de esta divinidad, y ostenta la saya y el *huipil*, que constituyen su traje; á sus pies están las cañas que menciona Baturini en la descripción que nos hace de este ídolo, y parece tener en el mismo sitio el *apantle*, que es la característica especial del signo jeroglífico *Atl*.

El monumento forma un paralelepípedo rectángulo; su altura es de 3'17 metros, su mayor ancho de 1'69 y de 1'52 su anchura menor; la roca de que está hecho es de pórfido basáltico, y su peso total es de 22.000 kilogramos. Para colocarlo en la sala de los monolitos del Museo Nacional de México se construyó un pedestal á propósito.

Para los trabajos necesarios al transporte del monumento, tuve á mi disposición la 4.ª compañía del primer batallón de artillería, al mando del capitán D. Florencio Aguilar.

Los artilleros comenzaron por quitar las piedras y los guijarros y desembarazar la estatua de la tierra y escorias que la cubrían, operación que á pesar de las dificultades que ofrecía, fué ejecutada en cuatro días. Cuando la *Diosa del agua* quedó así desenterrada (fig. 1), ocupéme, con ayuda de los oficiales de artillería, en trazar y abrir el camino por donde debía el monumento ser transportado, y cuya longitud total fué de 7.600 metros, quedando terminado á mediados de noviembre, lo propio que el puente que hube de construir sobre el barranco que se encuentra á la entrada de la aldea de San Juan de Teotihuacán.

El día 16 de noviembre procedí á la maniobra de colocar la estatua en posición horizontal, maniobra difícil á causa de las grietas que presentaba la piedra y para la cual empleamos cinco horas.

Una vez la estatua puesta horizontalmente, izámosla debajo de un carro, suspendiéndola por medio de seis grandes cadenas y sujetándola por su parte inferior, como indica la fig. 2.

El día 2 de diciembre la operación de carga quedaba terminada, y el carro pudo ponerse en marcha tirado por 46 mulos, á pesar de lo cual en muchas ocasiones hubieron de tenderse rieles en el suelo.

Al llegar el monolito delante del río de San Juan de Teotihuacán, pregunté al ministerio de Obras públicas si el puente podría resistir el peso de aquella mole de piedra. La respuesta del ministerio fué negativa; la sección de puentes y calzadas nos manifestó que los arcos no resistirían una carga mayor de ocho toneladas y que el puente se vendría abajo.

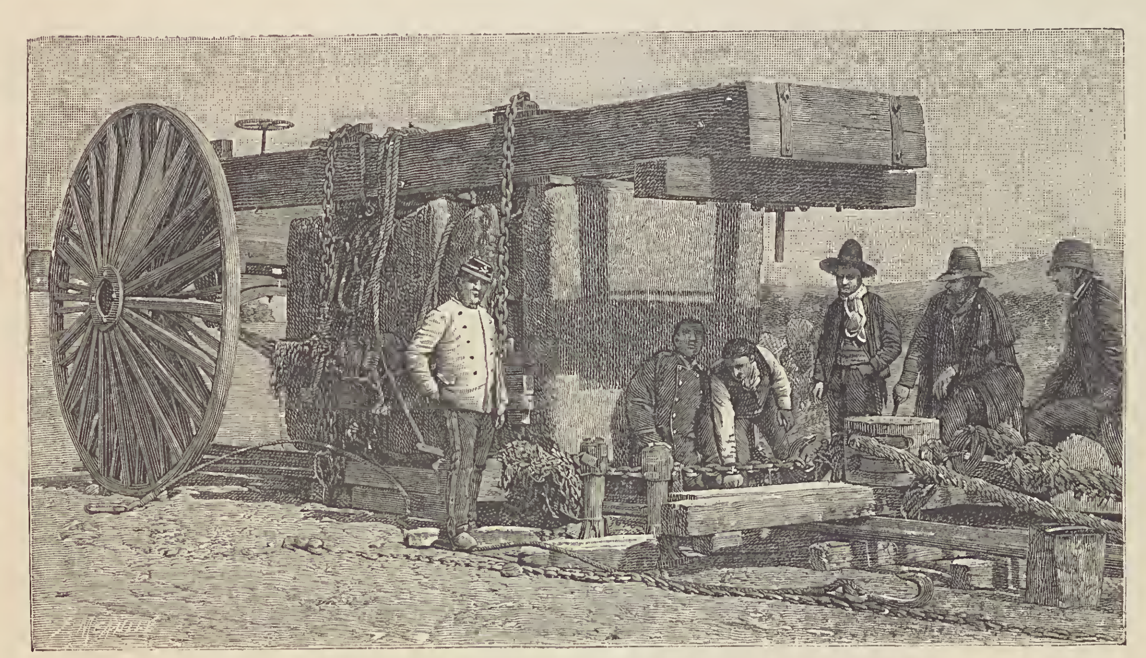


Fig. 2. – El monumento de la *Diosa del agua* colocado en el carro de transporte

Vencí este obstáculo construyendo planos inclinados en cada una de las dos orillas del río, dando al descenso una pendiente de 12 por 100, y de 3 por 100 á la dirección por donde el monumento, colocado en una balsa, debía ganar la ribera opuesta. Esta balsa estaba construída con traviesas, sobre las cuales se colocaron rieles engrasados, y el monolito pudo deslizarse y llegar á la otra margen sin el menor accidente. Esta operación duró un día y medio, y vencido aquel obstáculo, el ídolo prosiguió su marcha y llegó felizmente á la estación de embarque el 28 de febrero.

El 1.° de marzo se procedió á la maniobra de izar el monolito sobre una plataforma *ad hoc*, empleando para ello un plano inclinado, y en la noche de aquel mismo día quedaba el monumento instalado en el nuevo carro que debía transportarlo y que se puso en marcha el día 2, á las once de la mañana, en dirección á la capital, llegando á la una á México con la diosa, la compañía de soldados y los útiles del trabajo. Para efectuar el desembarque se apeló al mismo método que se había utilizado para izarla sobre una plataforma en Teotihuacán, y finalmente el 17 de marzo pudimos encaminarnos al Museo Nacional de México, adonde llegó la *Diosa del agua* el día 9 de abril.

Leopoldo Batres
Conservador de los monumentos arqueológicos de la República Mexicana

NOTICIAS AMERICANAS

Los negros de América. – La Convención constitucional del Mississipí ha introducido en la nueva Constitución del Estado el siguiente artículo: «Para ser lector es preciso saber leer el texto de la Constitución del Estado, ó poderlo comprender oyéndolo leer á otro y dar de él una explicación suficiente.»

Desde el momento en que se toma por base del derecho electoral la instrucción, el poder pasará legalmente de la mayoría negra á la minoría blanca.

Este texto permite una gran latitud para una apreciación arbitraria del grado de instrucción de los electores, porque no ha de serles difícil á los blancos hacer ver á los negros que sus comentarios de la Constitución son insuficientes.

Ya la prensa americana indica esta innovación como un medio de resolver la cuestión de los negros, que de día en día se agrava, y es muy posible que aquel artículo sea introducido en las constituciones de todos los antiguos Estados de esclavos.



Fig. 3. – Transporte del monumento. (De fotografías del Sr. D. Leopoldo Batres.)

INMIGRACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS. – La Memoria del comisario del comercio exterior y de inmigración correspondiente al mes de agosto llama la atención sobre el cambio que de muchos años á esta parte se produce en la inmigración de los Estados Unidos: algunos países europeos que hace veinte años no proporcionaban á la misma el menor contingente son hoy los que lo dan mayor. Las naciones que desde un principio contribuían mucho á ella no han variado. La inmigración de Inglaterra se mantiene igual desde hace mucho tiempo; la de Irlanda, antes igual á la mitad de todo el contingente europeo, ha disminuído en un 10 por 100 y disminuye regularmente, y la de Alemania sigue siendo considerable.

Los pueblos germánicos contribuyen á la inmigración en un 56 por 100, la raza céltica en un 12, los eslavos en un 18 y los latinos en un 16.

Antes, á excepción de algunos franceses, ni los eslavos ni los latinos se establecían en los Estados Unidos.

En agosto de 1890 el número de inmigrados bohemios ha sido cuádruple que en igual mes de 1889; el de húngaros ha aumentado en un 50, el de italianos en un 150, el de polacos en 350 y el de rusos en un 50 por 100.

A propósito de la emigración en los Estados Unidos, el padre Hamón acaba de publicar un notable artículo, en que estudia desde el punto de vista de los intereses católicos la influencia de la emigración canadense á Nueva Inglaterra, de la que no pueden ya prescindir los capitalistas americanos sin encontrarse frente á frente de una completa ruina, puesto que los 400.000 cultivadores canadenses convertidos en obreros de las fábricas del Este representan la mayor parte del trabajo en esos territorios. Estos emigrantes llevan edificadas en veinte años 120 iglesias ó capillas servidas por sacerdotes canadenses y 50 grandes conventos en donde se educan más de 30.000 niños, y estos datos bastan para demostrar con cuánta razón dice el padre Hamón que el contingente que esta emigración proporciona á la Iglesia católica será pronto bastante considerable para merecer el respeto de los católicos americanos de otras nacionalidades.

BOCETOS MARÍTIMOS

LO PASADO Y EL PORVENIR

Una de las ficciones que más gusto han dado á los señores habitantes del planeta este en que tenemos la inmerecida honra de vivir, es la que llaman *tiempo presente*, y tales prosélitos ha hecho y tantos, que muchísima gente cree que el presente existe y que es algo tangible y manejable, sin que basten para sacarla de su error las mil pruebas negativas que á diario se pueden observar, tan inesperadas como irremediables, es decir, sin que antes del «momento dado,» del presente, se las haya previsto, sin que en el tal momento pueda uno enterarse casi de ellas, y sin que luego quepa otra cosa que lamentar sus efectos; bien es verdad que las ciencias matemáticas, ese colmo de la exactitud, se basan sobre el punto y la línea, que son otras dos ficciones, pues ni al punto matemático es posible verlo ni tocarlo, ni nadie puede, por consiguiente, tirar una línea matemática, que es, en puridad, una sucesión de esos puntos ideales.

Por eso, yo que pretendo hablar en este artículo de lo que la Marina fué y de lo que será probablemente, voy á decir muy poco de lo que es en la actualidad, tanto porque la actualidad es un mito, cuanto porque, aun concediendo que existiese de veras, resulta lo que estamos viendo tan inconexo y tan anómalo, tan en pugna lo que se hizo ayer ó esta mañana con lo que se proyecta para esta tarde, que ni es posible encontrarle atadero, ni podríamos sacarle punta á la relación y fijarla de algún modo: lo pasado escrito está en su mayor parte, y á la disposición de todos; lo futuro vendrá, mal que nos pese, y en un momento se convertirá en pretérito, como las flores se convierten en estiércol; á nadie le está prohibido hacer calendarios, y yo, aprovechando esa libertad, voy á ocupar mi inteligencia un rato en hacerlos á beneficio de la marina del porvenir, y ahí me las den todas; pero conviniendo, antes de resucitar el pasado y evocar el porvenir, en que el presente no existe, como tiempo útil al menos, sino cuando más haciendo los oficios de una cama en la que se reposa de las luchas y de los descalabros sufridos, tomando fuerzas para nuevas y próximas tentativas.

El presente es tiempo muerto en la marina. Surge primero la competencia entre la coraza y el cañón, y sería el cuento de nunca acabar dar cuenta ahora de las fases infinitas que ha presentado, de los cuartos *no menos infinitos* que ha hecho gastar y de las dudas sin fin, un golfo de confusiones, en que todavía viven con respecto á ese punto los industriales artilleros y los industriales coraceros; todos quieren y creen tener razón. A la coraza de hierro sustituye la de acero, á ésta la de ambos metales *(compound)*; la de acero endurecido, mezclándolo con cromo y otros materiales ó fabricándolo por procedimientos especiales, viene después, y la acompañan la celulosa y otras substancias obturadoras de los chirlos: con estas idas y venidas aumentan y disminuyen los espesores, la extensión y la aplicación de las corazas; unos buques van cubiertos de hierro de popa á proa con un caparazón como los que llevaban los caballos de Carlos I; otros solamente lo llevan sobre los órganos vitales más expuestos, calderas, pañoles de municiones y otros, como los picadores de toros llevan la mona en la pierna derecha; éstos se ciñen con una estrecha faja de acero, y de acero y convexa llevan la cubierta primera ó exterior, como los individuos del escuadrón de escolta real usan para campaña peto y casco; aquéllos, los torpederos de alta mar y los cazatorpederos, no quieren coraza alguna y fían todos sus éxitos á la velocidad en el ataque y á la rapidez de los movimientos, como nuestros cazadores, ó los zuavos franceses, ó las tropas alpinas en Italia, y todo esto «á escape y al vuelo,» como el poemita de Zorrilla; no bien se inventa una cosa cuando ya está desechada; junto á una ventaja hay cien inconvenientes y viceversa, sin que á la postre sepa nadie con fijeza qué debe subsistir y qué es lo que huelga.

Con el cañón sucede dos cuartos de lo mismo: vienen los de retrocarga con las luchas homéricas é intestinas de la cuña (Krupp) y del tornillo (Armstrong), y se vuelve á los que se cargan por la boca para preterirlos luego; se llega al cañón de 120 toneladas, cada uno de cuyos disparos es un terremoto por el estruendo y por lo costoso, para caer en la cuenta de que hacen el mismo papel, ó que lo deshacen, mejor dicho, que es á lo que estamos, los de 75, porque ganan en rapidez de tiro lo que pierden en fuerza; salteado todo eso con ametralladoras, cañones revólver y cañones de tiro rápido de diferentes calibres hasta los de 16 centímetros, en que estamos hoy, que hacen cinco disparos por minuto lanzando granadas de 56 kilogramos con 10 de pólvora y más de 500 metros de velocidad inicial; entretejido con la cuestión de las pólvoras que, desde negras como el carbón y humeantes que eran, se nos presentan pardas y después de color de chocolate, y ahora blancas y sin humo para mayor claridad; entreverado con el problema repleto de incógnitas que se refiere á los proyectiles, troncocónicos, ojivales, perforantes, de rotura, con pólvora, dinamita ó melinita, según el contenido; de choque ó de tiempos, según la espoleta; y entrelazado, por último, con el nudo gordiano de los montajes, que cada día sale uno *ú* dos, con sus peines, correderas, frenos de contravástago central, muelles Belleville, líquidos, etcétera, y la mar..., la mar con sus arenas, pero éstas las dejaremos quietas por ahora.

Y en otros muchos aspectos del presente marítimo sucede algo análogo á lo expuesto; la manoseada tela de Penélope es tortas y pan pintado si se la compara con el continuo tejer y destejer que nos rodea: el torpedero ha de ser muy pequeño, dicen, para poder llegar hasta el costado formidable del imponente acorazado enemigo, sin que desde su bordo lo vean y destruyan; pero va creciendo, creciendo y nos dan como bueno hoy y único el torpedero de alta mar, que es, ni más ni menos, que un crucero protegido ó blindado, aunque los otros más pequeños sirven todavía; el aparejo ya no tiene aplicación y debe suprimirse en absoluto sobre los buques de combate; pero no estaría de sobra un poquito de aparejo, dice otro constructor, y lo pone; las máquinas de triple expansión son el *acabóse* en materia de máquinas marinas de vapor; viene en seguida otro y las hace de cuádruple expansión, y dos, independientes en el mismo buque, desde las hélices á los hornos; mientras que otros, preocupándose por las provisiones y el consumo enormes de carbón que han de hacer los buques modernos, buscan y ensayan un combustible líquido, el petróleo, por ejemplo, y quieren cambiar la forma de los cascos, pretendiendo además instalar á proa y en túneles los órganos propulsores que hoy van á popa y descubiertos. Mientras tanto la electricidad, que es la verdadera tía Javiera y la dueña del porvenir, se cierne en lontananza preñada de promesas, impulsa ya buques, incluso los submarinos ciegos que en todos los países se construyen, y ofrece resolver arduos problemas: desde la visión en esos barcobuzos hasta todos los de fuerza en los demás.

Eso es el presente en la marina, un barullo, una cosa *insaisissable* si es que es cosa; y así como en la vida individual los hechos, en el momento de realizarse, no son más que ejemplos ó escarmientos para lo futuro, pues ellos por sí son relámpagos en el tiempo y átomos en el espacio, así también ocurre en este ramo que estudio: sobre las enseñanzas de un pasado luctuoso, no sobre hechos ú objetos que desaparecieron para siempre, vive el presente inquieto sólo como preparación é impulso para un porvenir, que hallará su punto de partida seguro y fijo cuando algún cataclismo horroroso cubra los mares de despojos sangrientos de entre los cuales pueda escogerse lo mejor, lo que sobreviva y quede en el tremendo choque, ó elegir algo nuevo si no queda nada.

Lo pasado pasó para no volver; se lo llevaron la galera y el navío, esas dos hermosas y curiosísimas fábricas flotantes, tan perfectas, al parecer, y tan acabadas; lo que no naufragó quedando en el fondo obscuro de los mares, la región predilecta del olvido, vive en los museos y en los libros eruditos viejos; apenas se conserva en la práctica nada de ellas, algún nombre, algún derrotero, algún manojo de laureles marchitos, salpicados de manchas rojizas con reflejos de gloria.

La galera, sin embargo, ¡cuánto duró, cuánto hizo! Durante varios siglos fué señora del mar. Cervantes, el maestro de los maestros, que convertía la pluma en buril ó en pincel, ¡cómo la aguza y templa cuando de las galeras trata, en aquella página inmortal del *Quijote* en que nos hace visitar las del Quatralvo conde de Elda fondeadas en Barcelona! Él las conocía bien; en Lepanto, á bordo de la *Marquesa*, en donde mandaba un pelotón de 12 hombres encargado del esquife, «perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la derecha» y de las letras; así es que el cuadro lleno de realidad en que nos pinta la caza y apresamiento de los corsarios argelinos con la «bella morisca» (cap. LXIII de la segunda parte), no puede ser más viviente, animado por la magia de su portentoso estilo.

Ellas fueron las naves de Lepanto (7 octubre 1571), de la grandiosa batalla en que se decidió la suerte, no de dos pueblos ó de dos dinastías, como en otras, sino de dos civilizaciones. Allí los turcos con 210 galeras y 63 galeotas y fustas *(Rossell)*, con unos 88.000 hombres embarcados, ocupando un frente de acción de 4.300 metros *(general Veroggio)*, presentaron la batalla á la escuadra de la Liga, compuesta de 203 galeras y 6 enormes galeazas, llevando á bordo unos 84.000 hombres *(Girolamo Catena)*, que ocupaba una línea de combate de 3.300 metros; allí, desde las once de la mañana, hora en que empezó la lucha, hasta por la noche, en que cesó *(de la Gravière)*, murieron 7.500 cristianos *(Diedo)*, 2.000 españoles, 800 soldados del papa *(Pío V)* y el resto venecianos, y hubo además 7.784 heridos del mismo campo, mientras que unos 50.000 combatientes musulmanes *(Hadji-Kalifa)* fueron muertos ó hechos prisioneros por los contrarios, pasando en su mayoría *(Conforti)* «á reunirse con su maldito Mahoma.» Si esa atrocidad tan grande no fué una gran batalla naval, yo no sé á qué podrán llamárselo con justicia; pues eso se hacía con galeras, con unos buques que ninguno llegaba á tener el tamaño de uno de los actuales cruceros, llevando á bordo unos 280 combatientes, sin velas casi y fiando su agilidad y su fuerza motriz á los 40 ó 50 remos, á los «pies colorados,» que les llamaba Sancho, de unos 13 metros de longitud cada uno y movido por 5, 6 y hasta 8 hombres, sujetos con cadenas á unos barcos, desnudos completamente, mal comidos, peor bebidos y azotados de continuo, «mosqueadas las espaldas,» por el corbacho del cómitre.

De ellas se componía también la famosa armada Invencible (1588), el *pendant* que por mar hizo Felipe II á su *piramídeo* monasterio del Escorial; aquella masa de 132 buques con unas 60.000 toneladas de desplazamiento total, llevando á bordo 32.000 hombres, cuya manutención costaba más de 30.000 ducados diarios, 3.000 cañones, 7.000 mosquetes, 10.000 alabardas y partesanas, 1.200.000 balas, 5.600 quintales de pólvora, 800 mulas para la artillería y seis meses de víveres; la que al pasar por frente de Eddystone, ya en Inglaterra, ocupaba un frente de más de siete millas, presidida por la capitana general, una galera que desplazaba cerca de 1.000 toneladas, como nuestros cruceros *Isla de Cuba* y *Luzón*, y montaba 50 cañones; pues también esa hazaña, que lo es y grande, de transportar tan inmenso material flotante desde Lisboa á las costas de la Mancha, se realizó con y por galeras, las cuales es muy posible que, si en vez de ir mandadas por un duque cualquiera, lo hubieran estado por alguien del oficio, no hubieran dado el triste espectáculo que dieron poco después.

Eso, nada menos, hacían las galeras, y justo es dedicar un tributo de admiración á los hombres aquellos, duros y animosos, que las tripulaban y conducían; verdad es que por entonces se hacía cada

heroicidad en la mar que cantaba el credo, y yo, aun siendo como soy, aunque indigno, un entusiasta modernista, en lo que cabe, no puedo dejar de reconocerlo, alabarlo y propagarlo. Mucho antes, en 1492, se echó á la mar Colón con sus carabelas, que eran unos barquitos de lo peor que darse puede, de 120 á 130 toneladas (120 desplazan nuestros torpederos *Rayo* y *Ariete)* y 50 hombres de tripulación; el 3 de agosto salió de España y el 15 de marzo siguiente ya estaba de vuelta, trayéndose á remolque un nuevo mundo y llenos sus cayucos de «negros y loros,» como dice el cronista. Hasta la hora de ahora ningún acorazado ha hecho ni la octava parte.

Pero los remos estaban «llamados á desaparecer,» y lo hicieron por el foro en «alas del viento,» que traía é imponía los imponentes navíos, esas máquinas de tres puentes y hasta de cuatro, que fueron por mucho tiempo y con perfecto derecho el terror de los mares, siendo tal su superioridad efectiva y reconocida, que hasta los marineros que los tripulaban miraban por encima del hombro, si es que se dignaban mirarlos, á los pobretes tripulantes de las fragatas y de los bergantines; hoy, en cambio, un torpederillo insignificante, y no digo nada del submarino, se atreve con los mayores acorazados existentes, ó dice que se atreve. Era un palacio que daba gusto verlo; la fragata resultaba más gallarda, más elegante; pero el navío era el digno representante de la fuerza, sin dejar por eso de aparecer airoso; la palamenta, ó sea la faja formada por todos los remos, cuyas palas salían del costado y rodeaban á la galera, la sustituían en el navío las bocas de los numerosos cañones que lo artillaban y que en algunos pasaban de 200; el aparejo era también hermoso, y yo aseguro, fundándome para ello en la vista de muchos y muy buenos grabados del siglo pasado y principios de este, que el aspecto de una escuadra de navíos *de verdad* debía ser precioso, muchísimo mejor que el ofrecido hoy por cualquier escuadra compuesta de estos enormes zapatos mochos que se llaman acorazados de línea ó de combate que «llevan el viento en el sollado,» en sus potentes máquinas de vapor, y que cuestan de 30 millones de pesetas para arriba cada uno. ¡Parece mentira que esa cantidad *imaginaria* admita un más allá!

En la batalla de Trafalgar (21 octubre, 1805) acabaron los nuestros, nuestros navíos, por la misma razón, y mejor es no meneallo, que dió al traste con los franceses en Abukir: porque ante un genio sucumben todos los talentos, y aquél es uno y éstos pueden ser mil; á nosotros en Trafalgar nos sobraron héroes y talentos, pero nos faltó un genio capaz de medirse con el que guiaba á los ingleses, con NELSON: Villeneuve, aquel pobre predestinado al suicidio, nuestro aliado y jefe entonces, ya había demostrado en Egipto que no servía ni para descalzarle. En Trafalgar acabaron nuestros navíos, y allí se fué á pique, que es lo mejor que pudo sucederle, nuestro magnífico *Santísima Trinidad*, mandado por *Uriarte*, con sus 136 cañones y todos los filisteos.

Pero el porvenir es nuestro; nadie puede mermarnos la esperanza ni detentarnos el derecho de creer que nuestros futuros transatlánticos, impulsados por motores eléctricos y provistos de medios para sumergirse, dejando pasar sobre ellos los ciclones y sus efectos, disputarán á los ingleses y á los franceses y á todos la primacía en los mares, llevando de un continente á otro las riquezas materiales en forma de mercancías y las intelectuales y vivas en forma de pasajeros: si la fraternidad universal ha de pasar algún día de la categoría de utopia, ha de ser el buque su agente y su lazo de unión, como será su causa probablemente, porque el horror que ha de producir la primera guerra naval que estalle, si la práctica responde á los preparativos, provocará el desarme; y nada será más hermoso y productivo que ver todas las capacidades admirables que hoy se consagran á la navegación guerrera, así en los buques como en los arsenales, dedicadas á fomentar las relaciones y la amistad que deben existir entre las familias dispersas de este mísero género humano, tan combatido ya y tan castigado por enemigos implacables y fatales que no necesitan de la guerra para perseguirle airados con sus eternos *¡vœ victis!...*

FEDERICO MONTALDO



EL TREN EXPRESO DE LA MAÑANA

POR ANTONIO ALBALAT

A Guy de Maupassant.
En recuerdo de gratitud.

Delante de la puerta de la casa de guarda, en donde Francisca está sentada á la sombra de frondoso emparrado, óyese rozar la tierra una lejana trepidación. La joven, vestida con un refajo encarnado y sin nada á la cabeza, arroja su labor sobre un banco y se adelanta á la barrera para dar la señal al tren, que se asemeja á un punto negro en el horizonte. Palpitante á medida que se aproxima, y teniendo su bandera en la mano, Francisca ve agrandarse la locomotora, que llega dorada, monstruosa, precedida de trepidación mecánica en los rieles. De repente el tren pasa como huracán de hierro, y la joven, apoyada en la balaustrada, ve entre una nube de vapor al maquinista, que inclinándose la saluda con la mano. Llevaba éste una gorra, una blusa azul, tenía el rostro ennegrecido y rodeaba su cuello un pañuelo cuyas puntas flotaban al viento. Era un joven alto, de ojos claros, con barba rubia, que le daba una expresión de exquisita dulzura. Francisca se sintió satisfecha de la sonrisa del joven, que desapareció como un relámpago, y que ella creía ver todavía entre las ligeras nubes de humo blanco que huían á lo lejos.

La casita vuelve á tomar su aspecto triste en la soledad del campo, en donde se prolongan hasta perderse de vista los cuatro rieles que relucen al sol. Oyese de nuevo la corriente del río y á las gallinas cacarear al lado de los arroyos. La muchacha, suspirando, va á abrir la valla y á preparar la báscula de señales; después vuelve á tomar la aguja, se sienta sobre un tonel y continúa su trabajo, esperando á su padre, que ha ido á la majada á comprar provisiones.

Dos veces á la semana tiene Francisca la satisfacción de ver pasar el tren. Los maquinistas cambian todos los días de itinerario, porque la compañía varía los trayectos que aquéllos recorren, y Francisca, admirada de ver tan frecuentemente en la máquina al mismo empleado, se entera de que este joven, protegido personalmente por el director, había obtenido autorización para permanecer en la línea de Niza, á fin de no verse precisado á abandonar á su anciana madre achacosa, que habitaba en Marsella. La muchacha no pudo menos de fijarse en los grandes ojos de mirada leal del joven empleado, y en la vivacidad de su semblante, que la hulla no alcanzaba á desfigurar. A su vez, el joven se impresionó á la vista de aquella muchacha de diez y ocho años, la más linda guarda-barrera de toda la línea; y de su simultánea curiosidad, del cambio de sonrisas, de su recíproca presencia á las mismas horas nació un amor singular, basado en cortas apariciones y largas ausencias. Sola con su padre, al lado del camino, por donde no transitaban más que carretas de campesinos, la esperanza de volver á ver al maquinista constituyó la única preocupación de la joven. Pensaba en él mientras zurcía sus medias ó remendaba su vestido, ó echaba el grano á las gallinas, ó sacaba agua del pozo, ó tendía á secar la ropa en los olmos. Ignorante del mundo, criada en el rincón de la caseta oficial, Francisca sintió por aquel joven aparecido entre una nube de humo el primer amor de su vida. El movimiento de civilización se resumía para ella en el rodar de trenes, que la preocupaban cuando eran conducidos por el guapo maquinista. ¿Adónde iban? ¿Por qué se viajaba? Ella no viajaba nunca: permanecía siempre en el mismo sitio como una estatua. ¿Dónde terminaban aquellos brillantes rieles? ¿En Marsella, en Lyón, más lejos todavía? ¿en esas comarcas misteriosas en las que se perdía su imaginación? Ella había reemplazado á su padre en las cosas del oficio, y éste habíase reservado la ruda faena del cultivo de la huerta, cuyo producto, á fuerza de trabajo, casi les bastaba para la manutención. Los labriegos suponían que el guarda-barrera tenía ahorros, y no era tan desgraciado como parecía. Antiguo soldado, honradísimo, llevaba largos bigotes y usaba una gorra militar. El viejo Roure adoraba á su hija, que, como suele decirse, le tenía cogido por la punta de la nariz; pero con tanto cariño y dulzura, que al obedecerla figurábase que la mandaba. Ella sólo era maliciosa para inventar pretextos á fin de alejar á su padre cuando había de pasar su maquinista, como si el buen hom-

bre hubiese podido sospechar las sonrisas y saludos á toda velocidad que con aquél cambiaba.

– Padre, le decía, voy á regar los guisantes... Tengo que arrancar hoja para la ensalada... Voy á ver si tienen hierba los conejos...

– No, respondía él, eso es de mi incumbencia: ocúpate de dar la señal, y no te olvides de que va á pasar el expreso.

– Está bien, padre.

Y el buen hombre se iba á la huerta, diciéndose: «¡Qué hija tan buena: hace todo cuanto la mando!»

A principios del mes de julio Francisca obtuvo licencia para ir á la fiesta del lugar, en compañía de una campesina de las cercanías, que vino á buscarla á mediodía. Ataviadas con sus trajes domingueros, siguieron el camino paralelo á la vía férrea, sentándose de vez en cuando en el linde de las praderas para descansar. Cogidas con la boca las puntas del pañuelo que llevaba á la cabeza, Francisca levantaba algunas veces la falda de su vestido para mirarse los lindos zapatos con que pensaba bailar, y mientras que su amiga cogía flores, ella pensaba tristemente en su maquinista, que vivía allá abajo en una ciudad desconocida, y que quizá se burlaba de ella al sonreirla por entretenimiento, y se decía que sería más juicioso no pensar en él.

El sol era sofocante, y no corría ni una ráfaga de aire. Cuando llegaron encontraron á todo el pueblo en movimiento. Se cantaba, se bebía cerveza. Había una vendedora de pasteles y dos de barquillos de azúcar y canela. ¡Ah! ¡Era una hermosa fiesta! El tamboril golpeaba estrepitosamente en la plaza, en donde los jovenes, emperejilados, bailaban bajo los pinos de la verde avenida. Los jóvenes que allí había rodearon á las dos recién llegadas; pero en el momento de aceptar una contradanza, Francisca estuvo á punto de desmayarse de emoción, porque acababa de ver á su maquinista frente á ella, con gorra y americana, sin carbón en la cara, iluminada por sus grandes ojos azules, acariciando maquinalmente su corta barba y viendo divertirse á aquella alegre multitud. ¡El allí! ¿Cómo, por qué? Francisca no acertaba á darse cuenta de ello. Sólo le había visto con blusa, y se admiraba de encontrarle tan bien vestido. Se levantó, hizo con lentitud las figuras del baile, y á pesar de las palpitaciones del corazón, tuvo valor para detenerse delante de él, aun cuando la sorpresa no la permitiera contestar si él la hablaba. Cuando él se volvió, se puso muy encarnada y bajó los ojos, como si todos los bailadores se fijaran en ella. El joven se aproximó, y saludándola le ofreció el brazo. Ella dejóse llevar sin decir nada, y sólo recobró algo de aplomo cuando se vió impelida por el torbellino del vals. Terminado éste, su pareja la llevó á tomar limonada y se puso á beber á su lado, haciéndose aire con el pañuelo. Cada vez que dejaba el vaso en la mesa, bajaba los ojos sonriente y encarnada como una amapola. Los hoyuelos que tenía en sus mejillas la daban un aspecto infantil, á pesar de su soberbio busto de aldeana, que se asemejaba á un cuadro de Rubens destacado del marco. Reponiéndose poco á poco, acabó por contestar á su compañero, y comenzaron á charlar, pero sin hablar de amor todavía. Salieron en seguida del pueblo, y guarecidos bajo una higuera, después de recordar sus rápidas entrevistas en el camino, se contaron mutuamente cosas insignificantes que les distrajeron mucho.

Los verderones comenzaron á abatir su vuelo sobre los zarzales, las nubes de la tarde flotaban en el cielo como muselinas, el estrépito lejano del tamboril turbaba la soledad del campo. De repente un brusco silbido desgarró el aire. ¡Ah! Ya podía pasar el tren, entonces les era indiferente. Pusiéronse en pie para marcharse, y el maquinista se ofreció á acompañarla; pero ella rehusó diciendo:

«No, Luisa me espera,» y suplicándola él que se detuviera todavía un instante, repuso con aspecto contrariado desprendiéndose las ortigas que se habían pegado á su falda: «No, aseguro á V. que no puedo.. Mi padre me regañaría.»

Viéndola decidida, el joven le tomó las manos estrechándolas entre las suyas, y la dió un suave beso en la mejilla. Francisca dejóle hacer, con la boca apretada de emoción y mirando á lo lejos; después, desenlazando sus manos, se marchó corriendo.

Un cuarto de hora más tarde las dos jóvenes tomaron juntas el camino paralelo á la vía férrea, que abandonaron pronto, Luisa para volver á su granja, y Francisca para entrar en su casilla, cuyo farol rojo parecía brillar en el cielo. La noche diseñó su imperceptible creciente de luna, meciendo las hierbas y haciendo chillar á los insectos. En el azulado espacio revoloteaban los murciélagos. Aun conmovida por su encuentro, Francisca pensaba en aquel guapo joven tan respetuoso y honrado, preguntándose si le había juzgado bien, cuando una sombra se destacó de detrás del tronco de un árbol y se dirigió derecha á ella.

Era Isidoro, el hijo de un campesino que habitaba al otro lado del río. Vagabundo y holgazán, complicado recientemente en un proceso por actos contrarios á la moral, y condenado dos veces por robo, empleaba su tiempo en rondar la caseta de guarda para ver á Francisca, de la que estaba enamorado. La muchacha había tomado la determinación de hacer como que no reparaba en él; pero le odiaba, y su presencia de noche y en aquel sitio la dió miedo.

– Buenas noches, señorita Francisca, la dijo.

– Buenas, señor Isidoro, contestó ella esforzándose para parecer tranquila.

Isidoro era un tagarote, delgado, largo de piernas y cuello, sin pelo de barba, desconfiado y socarrón como un cazador furtivo acosado por sus perseguidores.

– Vengo de la fiesta.

– Yo también.

– ¿Quiere V. que la acompañe?

– Muchas gracias. No hay necesidad.

– ¿Es que tiene V. miedo á los jóvenes?

Ella se hizo la valiente y contestó:

– Según y conforme.

– ¡Me parece que hoy ha encontrado V. uno que no la daba miedo! ¡Caramba! Si fuera él quien se ofreciese á acompañar á V., de seguro no lo rehusaría... Supongo que se habrá cobrado de sus parlanchinerías de debajo de la higuera.

Francisca apretó el paso, fijando los ojos en el farol rojo, que parecía alejarse, murmurando al andar:

– Déjeme V. en paz: no sabe lo que se dice.

Pero siguiéndola con sus largas piernas él repuso.

– Me refiero al maquinista. ¿Cree V. que no le conozco? El mejor día tendrá noticias mías. ¡Vaya!

Francisca, cada vez más asustada, echó á correr, gritando: «¡Padre! ¡Padre!;» pero sólo percibió los murciélagos que la rozaban la cara, el ruido de su falda y los pasos de Isidoro que la seguía repitiendo:

– Ese tal, no se casará con V.... V. no es nada para él... Yo sí, si V. quiere...

La idea de ser mujer de aquel vagabundo la estremeció. Redobló su carrera y continuó gritando para ahogar aquel acento de pesadilla, que murmuraba detrás de ella:

– Si V. no me quiere, no será de nadie. ¿Entiende V? Y en cuanto á ese maquinista, si continúa haciendo á V. la rueda, no lo pasará bien. Ahora corra cuanto quiera.

Dicho esto se detuvo. Sólo el temor al viejo Roure le contuvo para no haberse propasado con Francisca.

Al día siguiente, cuando colocaba la leña debajo del cobertizo, el anciano guarda vió á Isidoro que con el azadón al hombro saltaba la valla, é interrumpiendo su tarea, se encaró con él, afirmándose en sus piernas y echándose hacia adelante su gorra militar.

– ¡Eh!, le gritó, ¡largo de aquí! Le advierto que deje tranquila á mi hija, ó puede que le cueste caro. Francisca no es para V.; téngalo entendido.

Isidoro siguió andando y repitiendo con un acento de perro que aulla:

– ¿Y quién le pide á V. su hija?

El viejo hizo un ademán como para indicarle el camino, diciendo:

– Está bien; tengamos la fiesta en paz.

Precisamente aquella tarde le tocaba pasar al maquinista. Cuando iban á comer, Roure dijo á su hija:

– Es casi de noche, yo daré la señal.

– No, padre, eso me entretiene.

– Ve á cuidar de la sopa y á poner carbón en la hornilla.

La joven hizo como que no oía. Tomó la linterna de servicio y salióse fuera.

Los dos llameantes ojos del monstruo proyectaban sobre la vía un rápido triángulo de luz. Cuando se aproximó el tren con sus bocanadas jadeantes, Francisca vió al maquinista inclinarse y arrojarla alguna cosa. Cuando el tren estaba lejos y sólo se distinguían las tres linternas rojas del último vagón, la muchacha recogió del suelo y desenvolvió el misterioso envío: era un ramillete. Le guardó debajo del delantal y entró en su casa con el corazón henchido de alegría sin pensar en Isidoro que la espiaba detrás de la barrera.

– Padre, dijo, todo está en orden: la señal, el picaporte y la puerta de la huerta.

– ¡Muy bien!, contestó el viejo. Eres una muchacha hacendosa.

Desde aquel momento Francisca vivió en la adorable sobrexcitación del primer amor, que puebla de ensueños la soledad de los corazones de veinte años. Parecía que el maquinista tomaba aquel amor por lo serio, aun cuando tuviese un modo particular de manifestarlo... A veces hacía que la máquina arrojara vapor sobre la joven, otras la aturdía á silbidos, ó se ponía sobre el banquillo de aquélla meneando el pañuelo, imprudencia que conmovía siempre á la enamorada muchacha.

No bien hubo alejádose el tren, Francisca sintió redoblarse su aislamiento, y reflexiones desconsoladoras sucedieron á aquellos cortos momentos de dicha. Lo que más la contrariaba era la continua presencia de Isidoro, unas veces sentado bajo los árboles, y otras asomando la cabeza por encima de la barrera para observar la casa, obligado sólo á alejarse cuando el viejo Roure le amenazaba. Recogiendo legumbres en la huerta, ó mondando patatas á la puerta, estaba segura de ver al vagabundo en acecho detrás de algún zarzal. Holgazán y cínico, siempre acechando algo que merodear, saliendo al encuentro ó fisgoneando á cuantos transitaban por el camino, llevaba una vida de ocio y de desorden que indignaba á las muchachas. Francisca sólo podía evitar su presencia encerrándose en su habitación, único sitio en que se entregaba libremente á sus pensamientos.

A fuerza de pensar en su maquinista, acababa por exagerarse la imposibilidad de semejante amor, lo cual la desesperaba frecuentemente ¡Casarse con un hombre que tenía tan buena posición, ella, una guarda-barrera, no podía ser! Lo comprendía así é inclinaba la cabeza sobre su labor, repitiéndose la frase de Isidoro. «V. no vale nada para él.» Si era una pobre muchacha, que sólo servía para hacer la sopa y jabonar ropa, sola había vivido, sola continuaría, aislada del mundo, desdeñada. Y sin embargo, ¡debía ser tan dulce el poseer el amor de un joven que os toma en sus brazos, y al cual se comunican disgustos y satisfacciones! ¡Ah! ¡El tren! Entonces desechaba su tristeza y corría para volver á ver al maquinista y respirar el penetrante olor á hulla que la fortificaba el corazón.

Un día, á las dos de la tarde, mientras su padre repasaba sus utensilios de hortelano en el granero, Francisca, con un ovillo en la mano y una hebra en la boca, estaba detrás de las vidrieras de la ventana de la cocina, en donde un violento maestral la había obligado á refugiarse. Era aquel uno de sus días más tristes. Un vago desaliento la desolaba el alma escuchando los gemidos del viento que azotaba la puerta de la casa con sus ráfagas furibundas. Un ruido que se produjo en la arena del terrado la obligó á salir para ver si la barrera estaba bien cerrada, ó si Isidoro se hallaba oculto frente á la ventana. No vió á nadie. La tempestad obscurecía al sol, estremecía el campo, doblaba los árboles y hasta arrancaba matas de hierba. Los postes telegráficos vibraban como arpas, los aisladores de porcelana silbaban como locomotoras. Una gran ráfaga la arrancó el pañuelo de la cabeza, levantó su ropa y estuvo á punto de derribarla. Cuando se repuso, profirió un grito: el maquinista estaba allí, parado delante de ella, riéndose de su sorpresa y sujetando su gorra con la mano. ¡Venir á su casa! ¡Qué imprudencia! «Mi padre está aquí: váyase V. Va á sorprendernos.»

El contestó sonriendo:

– Tanto mejor. Quiero ver á su padre de V.

Y siguió á Francisca, que llena de turbación se puso á llamar á su padre á gritos, como si se hallara á algunos kilómetros. Después, avergonzada de estar despeinada y tan mal vestida, se refugió en un cuarto para arreglarse un poco. Era éste una pieza harto pobre, blanqueada de cal, sin más muebles que una cómoda con un espejo encima, que aquel día hizo bien su oficio. Arrebatado el semblante, punzándose los dedos por apresurarse, retorcióse el pelo, se prendió las trenzas, y se puso su vestido negro. ¿Con qué pretexto se presentaba? ¿De dónde venía? ¿Por qué aparecerse así como caído de las nubes, cuando no se le esperaba? Francisca titubeó antes de volver á la cocina. ¿Qué pensaría su padre al verla tan bien ataviada? Pero el viejo no reparó en esto. Con su delantal de trabajo, enjugándose los ojos y con voz conmovida, dijo á su hija, señalando al joven que se hallaba en pie al lado de la mesa:

– Francisca, el señor Julio Auffand, maquinista de la Compañía, viene á pedirte en matrimonio... Es mucho honor para nosotros... Según parece se conocen Vdes. En vez de responder, Francisca se sentó temblando en una silla, y miró con fijeza á Julio con sus grandes ojos negros, que no tardaron en llenarse de lágrimas.

– ¿Quiere V. aceptarme por marido?, preguntó el joven.

Ella se comprimió el pecho con las manos como para retener su corazón y tartamudeó:

– ¡Oh! Sí, sí.

En el conmovedor silencio que se siguió, el maestral, como para pregonar aquella dicha, multiplicó

sus locos estrépitos, desplegando sus miles de soplos, que perecían gruñir fuera como el ruido de una esclusa.

–Señor Julio, somos muy pobres, dijo Roure yendo á buscar una botella de vino añejo, y cuando volvió, repuso:

–Francisca no tiene dote, como hija de un guardabarrera. Sin embargo, yo he hecho algunas pequeñas economías para ella, y dentro de dos años recogeré una corta herencia, cinco mil francos entre todo... No es gran cosa, pero con esto se puede poner una casa.

–A mí no me importa el dinero, dijo Julio, sentado al lado de Francisca. Mi madre también es pobre, está achacosa y no la vendría mal una joven que la cuidase. Con semejante carga, yo no puedo aspirar á un matrimonio rico. Además, he tomado informes: la señorita Francisca me agrada, y no deseo otra.

Y con aire inquieto, volviendo su rubia barba hacia la joven, le dijo:

–Será preciso que améis á mi madre.

A lo que ella repuso en un arranque de sentimiento:

–La amaré como á V. mismo, señor Julio.

–En cuanto á usted, señor Roure, dijo el joven estrechando la mano del viejo, obtendrá usted la dirección de una estación de pueblo. Se hacen gestiones para lograrlo. Yo estoy muy bien con el director: mi padre fué arrendatario suyo y le salvó la vida en un accidente de caza.

El anciano soldado profirió una exclamación y abrazó al maquinista. Francisca le miraba con una emoción que se revelaba por el movimiento de sus labios, y volviendo los ojos hacia la ventana para ocultar poderosamente su alegría, los fijó en un alto y solitario ciprés, que se estremecía al soplo del viento.

Decidióse que se celebraría la boda pasados dos meses.

Desde entonces Francisca no se recató para saludar á su novio, y el padre Roure no faltaba jamás al paso del tren, quitándose su gorra militar. Palpitante al rodar de la máquina, que multiplicaba sus alegres golpes de pistón, Francisca desfallecía de felicidad cuando llegaba á su oído el brusco soplo entrecortado por la corriente de aire. Era la dicha que pasaba... ¡Ay! La dicha pasa todavía más rápida... Algunas veces Julio acortaba la marcha del tren para ver de cerca á su prometida, que le reñía dulcemente: «Va V. á retrasarse. Amenaza lluvia... Abríguese usted bien.» La pobre temía al frío por él, y el menor cambio de temperatura la inquietaba.

Por aquella época Francisca hizo un viaje á Tolón en compañía de una granjera amiga suya, para comprarse vestidos y una canastilla de boda. Cantaba todo el día. Se hizo coqueta, hablaba sin ton ni son y abrazaba á su padre á cada instante.



Era preciso separar aquella piedra á toda costa

Una noche de luna llena, apoyada en el brocal del pozo, escuchaba el lejano canto de los grillos que el viento de las praderas hacía llegar hasta ella, cuando sintió abrir con precaución la puertecita de la huerta. Era Isidoro. Iba á llamar á su padre, pero él la dijo en seguida:

–Nada más que una palabra. No quiero hacer á V. ningún mal... porque amo á V. demasiado. Formalmente ¿Consiente V. en ser mi mujer? Tenemos propiedades al otro lado del río, y mi padre me ha dicho que si me caso me cederá la mitad

Francisca se marchó corriendo, y desde el umbral de la puerta de su cuarto le gritó:

–Es inútil que piense V. en mí. Estoy prometida al señor Julio el maquinista, que ha venido á pedirme en matrimonio.

Isidoro quedóse mudo como las cañas que tenía al lado Luego, atravesando el camino en donde la luna proyectaba, prolongándolas, sus largas piernas, tomó la dirección del río, rechinando los dientes á la idea de que Francisca se le escapaba para siempre. Concibió tentaciones de violación, conatos de homicidio y espasmos de celos contra aquel maquinista que le robaba su dicha. Apoyóse en el tronco de un árbol, revolviendo en su imaginación proyectos feroces. Miró de lejos la casita que la blanca luz de la luna bañaba hacia el lado de la vía férrea: esta vía tersa y limpia, en donde el menor choque constituye un peligro y el más mínimo obstáculo produce una castástrofe. En seguida atravesó las praderas, volvió á la barrera, y allí oculto en la sombra fugitiva de las nubes, que se deslizaban bajo la luna con un movimiento mecánico, examinó los rieles con atención, como si meditara un golpe siniestro. Cuando se alejó tenía ya formado su plan.

El primer mes de espera fué corto para Francisca, ocupada en los absorbentes preparativos de boda. Había clavado en un acerico tantas agujas como días faltaban, y cada mañana desprendía una y la arrojaba por la ventana. Julio volvió varias veces, y se convino en que Roure se haría reemplazar durante veinticuatro horas, para poder ir los tres á Marsella á visitar á la madre del maquinista.

Una mañana, ocho días antes de este viaje en proyecto, Francisca se levantó al rayar el alba, vistióse de prisa, bajó antes de preparar el café, y se fué á la huerta á coger flores. Una vez fuera, aún con el pelo suelto y apoyadas las manos en las caderas, miró á lo largo del camino, y se admiró de percibir á lo lejos, á trescientos metros, precisamente en el sitio en donde la vía férrea formaba una curva pronunciada, alguna cosa parecida á una rama de árbol caída sobre los rieles: sin duda zarzales arrastrados por algún rebaño que había atravesado la vía. Sintióse inmutada al pensar que el menor obstáculo es siempre peligroso, como decía su padre, que cansado del trabajo del día anterior, no se había aún levantado para hacer su inspección matinal del ferrocarril. Francisca, pues, siguió la vía al lado de la balaustrada, satisfecha de que el sol naciente calentara sus mejillas enfriadas por el aire húmedo de aquella mañana de septiembre. Sonriendo de placer, aunque algo inquieta, y puesta la mano sobre los ojos para mejor distinguir el objeto que estaba sobre la vía, la joven vió que no era una rama. Sintió miedo, y se puso á correr, se aproximó y hallóse que era una piedra muy grande, colocada precisamente en la curva del camino, recién apisonado á consecuencia de una compostura de traviesas: una piedra enorme que al hombre más forzudo debía costar trabajo levantar y que ella difícilmente podría separar de la vía. Se estremeció á la idea de que si no la hubiese visto, el tren habría descarrilado y Julio hubiera perecido. Aproximándose más, estuvo á punto de desmayarse de espanto, al notar que la piedra estaba perforada, y que una barra de minero, atravesando el agujero y clavada en el suelo, la fijaba sólidamente sobre el riel. ¡Un crimen! ¡Una tentativa de descarrilamiento! Pensó en las amenazas de Isidoro. ¡Miserable! ¡Había querido matar al maquinista!... Y el expreso iba á llegar.

Espantada, llorando de rabia, apretando los puños, empujó la piedra con todas sus fuerzas, gritando «¡Padre! ¡Padre!...» ¿Tendría tiempo de avisarle, y hacer las señales para que se detuviese el tren, que ya venía retardado?



BROMA PESADA, tomado de «The Illustrated London News»



APIO CLAUDIO EN EL SENADO ROMANO, copia de un fresco de **César Maccari**, existente en el Palacio del Senado (Palazzo Madama) de Roma

Oyóse un silbido que la atravesó las entrañas. ¡El expreso!... No se veía aún, pero repercutía en las colinas. Entonces la pobre muchacha sólo vió aquella espantable piedra que era preciso separar á toda costa. De rodillas, con las manos ensangrentadas, la ropa hecha girones, despedazadas las uñas, sintió como si estallaran sus nervios y se crispasen sus músculos al esfuerzo que la encorvaba sobre aquel hierro y piedra malditos. Trabajo de gigante, exasperada por el miedo de la catástrofe inminente, en donde iba á perecer Julio entre los vagones destrozados Por fin la barra se aflojó, un esfuerzo más y cedería, y la piedra podría ser separada prontamente. Pidió socorro gritando desesperadamente, haciendo estremecerse á los hilos telegráficos. Súbito pudo arrojar la barra fuera de la vía. Había terminado...

Pero ella, en su encarnizamiento, no había reparado en nada, y sólo cuando levantó la cabeza, percibió en el horizonte la mancha negra del tren, que no cesaba de silbar. Francisca se hallaba todavía entre los dos rieles, por donde debía pasar aquél. Tenía tiempo. Agobiada, extenuada, cogióse la falda entre las piernas. Sus cabellos rasaban la tierra, el sudor la inundaba los ojos, y sentía las ballenas del corsé clavarse en sus carnes Su cuerpo sólo vivía para aquella sorda trepidación que se aproximaba, para aquellos rieles que rozaban sus pies, para aquel trágico silbido de alarma que hacía acudir á los labriegos del campo.. Por fin rodó la piedra. La vía estaba libre; pero cuando Francisca se enderezó medio muerta de fatiga, la máquina sólo estaba á unos trescientos metros de distancia. Entonces sucedió una cosa horrible. Cuando trató de separarse corriendo de la vía, Francisca tenía cogido el zapato entre las piedras y el riel. En vez de descalzarse, perdió la cabeza, é hizo un violento esfuerzo para huir, que desprendió el zapato de su pie, pero que la hizo tambalearse, y la arrojó cuan larga era entre los dos rieles en el preciso momento en que la máquina se la venía encima. Llevándose su grito de agonía, el monstruo, con un silbido formidable, pasó sobre ella, hollando y nivelándolo todo con su pesantez colosal.

Deslumbrado de lejos por el sol, y tomando á Francisca por un trabajador, el maquinista primeramente había acortado la marcha del tren Después, asegurado por la falta de señales, volvió á dar más fuerza de vapor, viendo á aquel obrero de larga blusa apartarse del riel y mirando hacia atrás como para calcular el tiempo que necesitaba para separarse de la vía.

Sólo conoció á la joven cuando estuvo á cien metros de distancia; es decir, ya casi encima. Aterrorizado al verla inmóvil, quiso detenerse; pero en aquella época aún no funcionaba el freno Westinghouse.

No pudo pararse ni neutralizar la pendiente insensible de la vía, que en aquel paraje alcanzaba el máximum de su curva. Isidoro había calculado bien el golpe.

Cuando la desgraciada cayó debajo de la máquina, y se figuró ver aquel cuerpo querido despedazado por las ruedas, aplastado, muerto por él mismo, Julio comenzó á dar gritos de horror, y corriendo al balaustre de la máquina quiso saltar. El fogonero se lo impidió, reteniéndole por los puños, y le dijo, enmendando una falsa maniobra que redoblaba la velocidad:

– ¡Vaya! Tengamos sangre fría; no ha sido culpa de usted.

– ¡Pero si es mi mujer! ¡si es mi mujer!... exclamó Julio, inclinando desesperadamente su cara teñida de carbón, medio lavada por las lágrimas.

Apenas pudo detenerse el tren, se bajaron, pero habían recorrido dos kilómetros. Vieron á lo lejos campesinos que atravesaban la vía, y que transportaban quizá á la caseta aquel cuerpo despedazado, ó mejor dicho, lo que quedaba de él

¿Qué hacer? Retroceder á ver el espantoso cadáver, oir la desesperación del padre, perder el tiempo cuando el tren iba retardado, cuando debía marchar á todo vapor para recuperar el tiempo perdido, y no ser alcanzado por el rápido!

El fogonero trató de hacer comprender á Julio su deber, y le conjuró á que no se detuviera. En semejantes momentos el duro oficio de maquinista se elevó á la heroicidad.

Era preciso olvidar á aquella pobre joven aplastada, que era su mujer, y sólo pensar en centenares de existencias que estaban bajo su responsabilidad. ¡Pobre Francisca! Su sola alegría, su único bien, su primer amor: ¡la felicidad prometida después de la fatiga de sus viajes!... Todo había acabado: había muerto... ¡y de qué muerte!

Y era preciso seguir conduciendo el tren, ahogar sus lágrimas, vigilar la máquina, en pie delante del calentador, estoico, con el silbato en la mano y la vista atenta á lo largo del camino.

En la estación de Rochevieille hizo avisar al jefe, que envió inmediatamente un médico y socorros. Después, cuando hubo pasado el rápido, Julio volvió á colocarse en su máquina, y el tren se encaminó hacia Niza, adonde llegó á la una de la tarde. Julio, atontado, estúpido, incapaz de pensar ni hablar, sólo se tomó tiempo para beberse una taza de caldo; y como se hallaba libre, pidió permiso para partir en seguida como simple viajero en la locomotora del primer tren, que le dejaría delante de la casa del guarda á las siete de la tarde.

En este tren, que no se detiene en Rochevieille, no se tenía noticia de la catástrofe. Julio estaba impaciente por hallarse al lado del viejo Roure: le consolaría, llorarían juntos, y juntos acompañarían al cementerio el cuerpo de la bien amada... El desdichado se figuraba ver el ataúd, el entierro, y sobre todo á la pobre joven precipitada entre las ruedas, la cabeza aplastada y el cerebro hecho pedazos.

Cuando se apeó del tren, á cien metros de la casilla, y echó á andar solo por el campo, iluminado hacia el lado del horizonte por un blanco crepúsculo, sintió tal angustia en el corazón, que se preguntó si no haría mejor en desandar el camino, y huir del horrible espectáculo que le esperaba.

Acortando el paso, á medida que caía la noche sobre los árboles, cuyo follaje teñía de rojo un rayo de luna, llegó á la casa solitaria, y detúvose de repente, como si fuera á estallar su pecho.

Ningún ruido se oía en la línea férrea, gran silencio reinaba en los campos.

Esforzó su ánimo, siguió la barrera, subió el escalón de la caseta y entró sin llamar. A la primera persona que vió fué á la joven sentada al lado de la mesa, arreglando ropa blanca á la luz de una lámpara.

Julio dió un grito de loco y exclamó:

– ¡Francisca!

Quiso adelantarse; no pudo, y se dejó caer sobre una silla, rendido de emoción.

La joven corrió hacia él, diciendo:

– ¡Julio!... ¿Me has creído muerta?

Notando que estaba sentada sobre las rodillas de su prometido, que la besaba apasionadamente, se puso en pie y tranquilizó con una sola palabra la desfallecedora alegría de aquél, que reía inconscientemente.

– ¡Julio!... Un verdadero milagro... Cuando caí á la vía, creí que todo había acabado, que iba á ser aplastada. Afortunadamente caí entre los agujeros del balastro, entre las traviesas. Me encogí cuanto pude, sin moverme, sin respirar;... y como la curva de la vía es muy pronunciada en aquel sitio, todo el tren me ha pasado por encima, sin producirme ni siquiera un arañazo. Ni siquiera me ha tocado el cenicero de la máquina.. Pero ¡qué momentos!.. Me parecía que estaba debajo de un puente... Cuando pasó el último vagón me desmayé... He debido guardar cama, por causa de la fatiga de separar aquella gran piedra... Ya te explicaré en seguida... Has estado en peligro de descarrilar... Por eso estaba yo en la vía.. Espera, voy á llamar á mi padre.

Presentóse el viejo Roure; lloraron, se abrazaron, y Francisca puso el mantel en la mesa, contando los detalles de aquella conmovedora aventura. Julio quedóse confundido de admiración y de amor cuando supo que, por salvarle la vida, Francisca había estado á punto de perder la suya.

Una semana después verificóse la boda, y al cabo de un mes, Roure fué nombrado jefe de una estación de aldea, donde puede vérsele todos los días vestido de uniforme, esperando el tren. Cuando Julio llega en su máquina, se abre la ventana de la pequeña estación, y el maquinista saluda con una sonrisa á su joven esposa y á su anciana madre, que viven juntas. Isidoro fué acusado y preso, pero hubieron de soltarle por falta de pruebas. Francisca no ha vuelto á verle.

traducción de F. Moreno Godino

EL SENTIDO DE LA VISTA Y LOS COLORES.

El sentido de la vista, el más indispensable, el que mayores goces proporciona es indudablemente el que menos cuidamos y educamos. Ejercitamos de continuo nuestro gusto, nuestro olfato y nuestro tacto y obligamos á nuestros hijos á que ejerciten su oído teniéndolos horas enteras delante del piano; pero ¿qué hacemos para educar nuestros ojos? Poco, casi nada: un poco de dibujo, quizás algún estudio de los principios fundamentales de perspectiva. Así muchos hombres no tienen los ojos más desarrollados que los niños, cuya candidez en punto á masas, distancias, sombras y matices es bien conocida; así cuando se trata de distinguir y juzgar de colores, la mayoría de las gentes no sabe utilizar sus ojos, diciendo por toda excusa que padecen la ceguera de los colores, sin pensar que ésta sólo se extiende á los colores complementarios (azul, amarillo y más á menudo encarnado y verde) y que la absoluta ceguera de colores únicamente en muy raros casos se presenta. El que no sabe distinguir el azul del verde y el rojo del morado no es ciego, sino obtuso, y no lo es de nacimiento, sino por falta de educación.

Hay hombres en quienes es innata la aptitud para sentir y distinguir los colores, para gozar con los bellos y sufrir con los feos, como los hay que son músicos por naturaleza: á los tales les es concedido gozar de placeres á los demás negados; pueden sentir lo que con razón se ha llamado la embriaguez de los colores, y su memoria, en este punto, les permite reconocer al cabo de muchos años cualquier matiz que sólo una vez hayan visto.

Indagar las leyes que presiden en los efectos que á nuestros ojos causan las hermosas combinaciones de colores, es tarea de la ciencia, tan agradecida y encantadora como el estudio de los sonidos: en una y otro se trata de tonos aislados y de acordes; en una y otro es bello lo que se ajusta á determinadas leyes y es feo lo que constituye una disonancia.

Así como para todo el que está dotado de un oído delicado hay notas de la escala que le agradan más que otras, así también los que poseen una vista fina tienen colores predilectos y otros que le son antipáticos. Hay colores que armónicamente se combinan y los hay que no pueden combinarse; esto lo sabe todo el mundo; pero lo que muchos ignoran es que esta armonía no es individual, sino que obedece á una ley. Del mismo modo que en todo acorde musical preside un tono fundamental, en todo acorde de colores hay uno que podríamos llamar director, resultando antiestético todo acorde de colores en donde haya dos que se disputen el predominio. No están en lo cierto los que afirman que los colores complementarios (verde y rojo, morado y amarillo, azul y anaranjado) no concuerdan; por el contrario, se combinan perfectamente. sólo que no han de tener demasiada intensidad. El rojo brillante se combina perfectamente con el verde obscuro y viceversa, y en estas combinaciones cada parte adquiere el valor que le corresponde: lo brillante toma mayor luz, lo esfumado aparece más sombreado.

Los colores indeterminados, esos que se llaman colores de moda, armonizan entre sí porque nuestros ojos completan involuntariamente el tono del color consonante.

Si se coloca un anillo de papel gris puesto sobre un fondo encarnado resulta verdoso, y sobre un fondo verde aparece rosado: en este caso el ojo crea el color mate complementario que aumenta el efecto de un color brillante. Y lo que sucede con este anillo gris acontece con cualquier otra combinación de colores.

Si colocamos una hoja encarnada sobre una azul, nuestros ojos añaden al encarnado tanto amarillo, que aquél se convierte en anaranjado, y por esta razón no armonizan entre sí determinados matices de amarillo y verde, porque en las combinaciones de éstos y á consecuencia de la adición inconsciente de colores complementarios nacen mezclas que en vez de realzar destruyen el tono de los colores principales.

El azul no va bien con el verde azulado porque con éste no quiere mezclarse el color de naranja que nuestra vista añade á la combinación. Con mucha frecuencia vemos análogas discordancias de colores.

Nuestra moda, que favorece para nuestros trajes los colores indeterminados y obscuros, es un testimonio de pobreza que nosotros mismos nos ponemos á la vista: con ello confesamos que nuestros ojos son incapaces de apreciar y disfrutar de los efectos de colorido, y renunciamos, como desesperanzados de lograr un éxito, á toda tentativa de enmendarnos en este concepto. Sólo cuando llegan á nosotros, procedentes del lejano Oriente, de aquellos países cuyos habitantes «poco ó nada ilustrados» miramos con cierta lástima, productos tales como los tapices de Persia, los chales de Cachemira, los brocados de oro de Bagdad y otros, cuyos colores cautivan dulcemente nuestros sentidos; sólo entonces nos entra la sospecha de que, por lo menos en cuanto al conocimiento de los colores se refiere, somos unos niños y unos ignorantes, comparados con los sabios de aquellos territorios orientales.

X

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SIMILÍGRAFO-NIVEL

Una obra recientemente publicada, *Le Dessin de paysage d' après nature*, debida á MM. Guiot, pintor, y G. Pillet, profesor de la Escuela de Bellas Artes y de la Escuela politécnica, ha inspirado al capitán del 6.° regimiento de húsares M. Billioque la idea de construir un instrumento sencillo y portátil, que permita practicar rápidamente y con mucha exactitud todas las operaciones del ajuste y del trazado perspectivo de un dibujo, sin necesidad de poseer grandes conocimientos de las leyes de la perspectiva. En el paisaje tomado directamente del natural, el instrumento en cuestión ayuda á situar con seguridad algunos puntos, algunas direcciones principales, y una vez éstas indicadas el dibujante puede añadir lo que quiera de su cosecha y dar á su obra cierto sello de originalidad, sin que el dibujo pierda su carácter de verosimilitud.

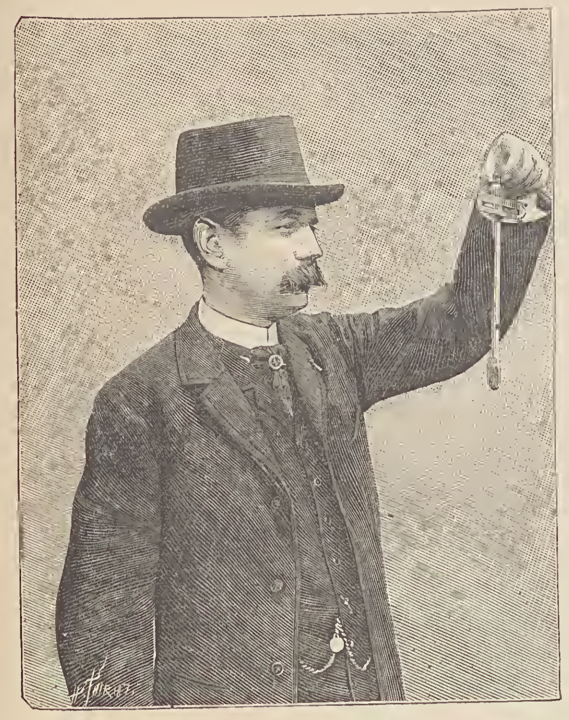


Fig. 1. – Empleo del similígrafo-nivel del capitán Billioque
Encontrar el horizonte

Fig 2. – Tomar la dirección de una línea vista en escorzo

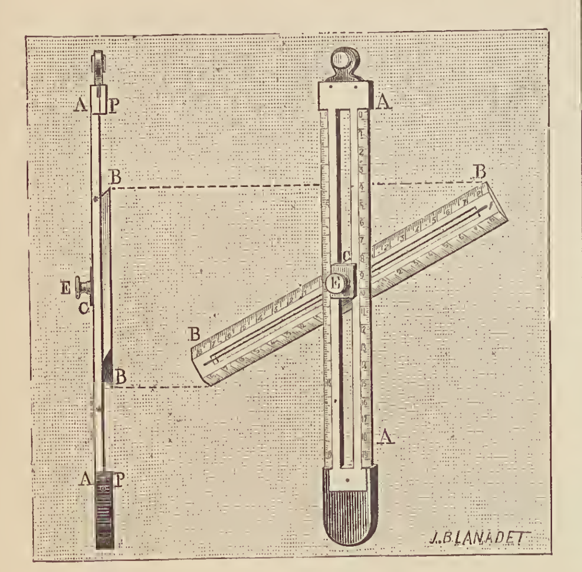


Fig. 3. – El similígrafo-nivel

El similígrafo-nivel, que así se llama ese instrumento, se compone de dos reglas graduadas: una, A (fig. 3), tiene en su longitud una ranura que forma corredera; suspendida en su parte superior por un sistema especial que se coge entre el pulgar y el índice de la mano izquierda y lastrada en su parte inferior, da la vertical. La otra regla B puede girar alrededor de una clavija fijada en un cursor C que se desliza por la corredera de la regla A, con relación á la cual puede aquélla tomar todas las inclinaciones, quedando inmóvil á voluntad en sus diversas posiciones por la presión de una tuerca E, pulimentada de modo que haga las veces de espejo. Dos apoyos P permiten colocar la regla B en posición perpendicular á la regla A; la regla B tiene á su vez dos ventanas, en las que hay tendidos dos pelos que corresponden al centro del espejo.

Veamos ahora los usos á que está destinado el similígrafo-nivel.

Para el dibujo gráfico sirve á la vez de escuadra en T, de cartabón, de falsa regla y de doble decímetro, permite trazar paralelas, dibujar ángulos simétricos y trasladar directamente los ángulos y las líneas rectas en su posición relativa: el similígrafo-nivel sirve, pues, para copiar, ampliar ó reducir los dibujos.

Sobre el terreno, da el horizonte en un campo muy extenso; sirve de investigador, de plomada y de nivel; permite trasladar directamente en el dibujo las líneas de frente, las verticales en tamaño proporcional y en dirección exacta, y las líneas de lontananza en dirección y tamaño proporcional de escorzo para el punto de vista en que el dibujante se encuentra.

En topografía sirve para evaluar las pendientes; permite trazar, por decirlo así, sobre el terreno las curvas de nivel delante del ojo del observador, y proporciona finalmente el medio de nivelar desde una sola estación un gran número de puntos lejanos.

Encontrar el horizonte (fig. 1). Suspender el instrumento delante del ojo derecho, después de haber fijado la regla móvil B contra el apoyo superior P; subir ó bajar la mano hasta que se vea la pupila reflejada en el centro de la tuerca espejo, y dirigir una mirada al pelo que cubre el horizonte. De este modo también se nivelan varios puntos.

Trasladar al dibujo una línea del terreno vista en escorzo (línea de lontananza) (fig. 2). Mantener el instrumento suspendido con la mano izquierda, aflojar un poco la tuerca, mirar con el ojo derecho la línea cuya dirección se quiere tomar, subir ó bajar la mano izquierda y hacer girar con la derecha la regla móvil hasta que una de sus aristas cubra la línea que se mira, y entonces apretar la tuerca. Hecho esto, basta hacer coincidir la regla A con una vertical del papel y trazar una línea á lo largo de la regla B.

Como las dos reglas se doblan una encima de otra, el instrumento puede llevarse en el bolsillo.

El similígrafo-nivel está llamado á prestar grandes servicios, así á los maestros como á los discípulos, facilitando á los primeros las demostraciones y ejercitando el golpe de vista á los segundos.

(De *La Nature*)

***

POLEA DE DIÁMETROS VARIABLES
sistema Albaret

Cuando se quiere hacer variar la velocidad de un aparato movido por un motor de vapor ó de otra clase, se recurre á poleas de transmisión de distintos diámetros. Sobre todo, es necesario poder obtener velocidades muy distintas en las pruebas á que son sometidas las máquinas (molinos, bombas, dinamos, etcétera), sea que el constructor quiera estudiarlas antes de la construcción definitiva, sea que el comprador quiera hacerse cargo de las condiciones de funcionamiento de las mismas. A fin de no tener que cambiar cada vez de polea, lo que es costoso y á veces irrealizable, se han ideado, desde hace mucho tiempo, poleas de diámetros variables, generalmente compuestas de cierto número de segmentos de cilindro que pueden acercarse ó alejarse del eje por medio de un mecanismo especial. Pero con tal sistema, la circunferencia de la polea no es nunca continua, y cada parte tiene una corvadura distinta de la que corresponde al diámetro de la polea.

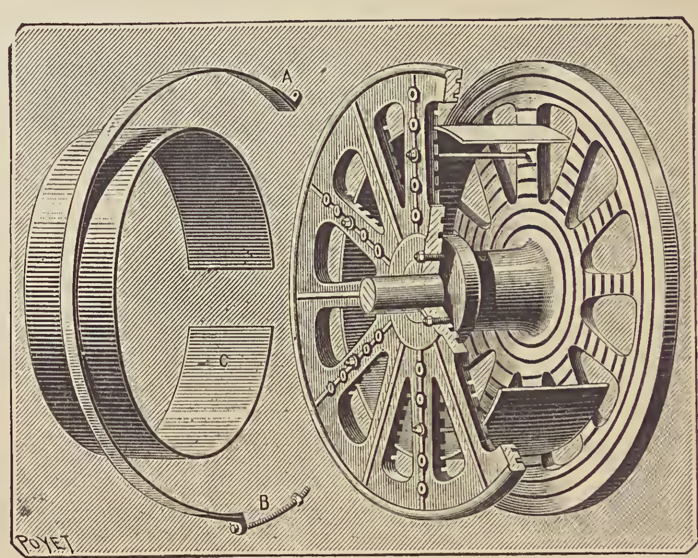
A fin de evitar estos inconvenientes, y por encargo de M. Ringelmann, el inteligente director de la *Estación de ensayos de máquinas agrícolas*, instalada por el Ministerio de Instrucción pública (1), M. Albaret ha construído un nuevo sistema de polea, en el cual la variación del diámetro está basada en otro principio que permite obtener una superficie continua con la corvadura correspondiente al diámetro empleado.

Compónese de dos discos planos, uno de ellos solidario del cubo y el otro alisado, de modo que se aplique exactamente contra el extremo de este cubo, en donde se le fija por medio de clavijas; en los dos discos hay practicadas varias ranuras circulares concéntricas y muy aproximadas á un centímetro de distancia una de otra

Para utilizar la polea, después de haber destornillado el disco móvil se introduce en la ranura correspondiente al diámetro escogido una delgada lámina de acero (que el grabado representa aparte, C), que se arrolla sobre sí misma, si es preciso, y que se sostiene provisionalmente por medio de un cerco AB provisto de una tuerca; se aproxima luego el disco móvil y se hace penetrar la lámina de acero C en la correspondiente ranura. Entonces se aprietan las clavijas que reunen los dos discos y que son en número suficiente para constituir un conjunto perfectamente sólido, y se puede quitar el cerco AB, que sería inútil y aun molesto para la colocación de la correa. La cinta de acero tiene la longitud que corresponde al mayor diámetro, de modo que en los diámetros pequeños se encuentra varias veces arrollada sobre sí misma; la anchura de las ranuras está también calculada en proporción á esto. Además, si se quiere que en esta polea los cruzamientos de esta cinta sean menos numerosos, no hay más que disponer de varias cintas de acero de diferentes longitudes.

Fácil es comprender que con dos poleas de este sistema, unida una al motor y otra á la máquina que se ha de ensayar, pueden hacerse variar las velocidades en proporciones muy considerables, conservando siempre en su verdadera forma las poleas. Este sistema es indispensable en todo laboratorio destinado al ensayo de máquinas.

G. MARESCHAL



Polea de diámetros variables

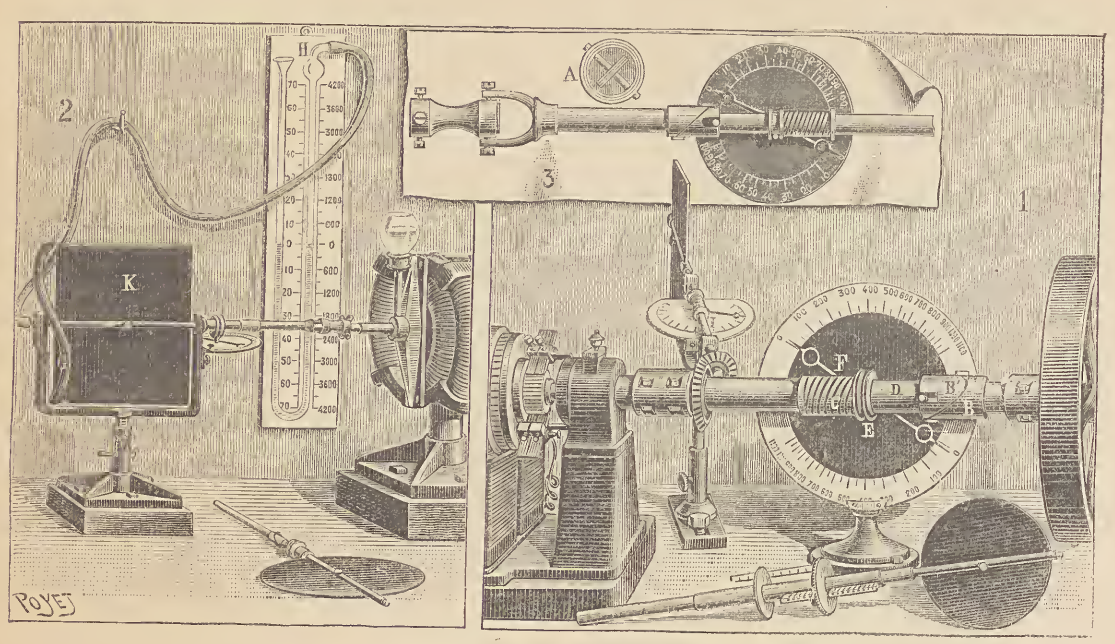
***

UN NUEVO DINAMÓMETRO

La potencia mecánica de una máquina puede medirse de muchas maneras; cabe medir la potencia desarrollada directamente por los pistones por medio del indicador de Watt, el aparato clásico, por demás conocido, que acusa la *potencia indicada* ó *potencia de los pistones*.

---

(1) Véase el núm. 455.



El dinamómetro de M. G. Trouvé

Puede medirse directamente la potencia producida en el árbol motor ó en la polea, valiéndose de aparatos de rozamiento y de absorción, llamados *dinamómetros de absorción* ó *frenos dinamométricos.* Entre estos últimos aparatos citaremos el freno de Prony y el de M. J. Carpentier y la balanza dinamométrica Raffard. Con otros aparatos denominados *dinamómetros de transmisión* que se intercalan entre el motor y la máquina movida se mide la potencia consumida por ésta.

El nuevo aparato de M. Trouvé constituye á la vez un freno dinamométrico ó de absorción y un dinamómetro de transmisión, y ofrece, además, la ventaja de que con muy ligeras modificaciones puede ser aplicado á la medición de las grandes y de las débiles potencias.

La potencia mecánica tiene por expresión el producto de la fuerza ejercida por la velocidad de desplazamiento del punto de aplicación de esta fuerza, y también el producto del momento de un par por la velocidad angular del sistema. De suerte que si se puede medir separadamente estos dos factores se obtendrá en seguida la potencia producida. El dinamómetro de M. Trouvé permite la aplicación de un dispositivo para la medición de los momentos de los pares y de otro para la medición de las velocidades angulares.

Medida de los momentos de los pares. – En el aparato de M. Trouvé la medida del par se obtiene por medio de un resorte de hoja elástica plana que puede verse en A (fig. 3); esta hoja va colocada en el eje mismo, formado por dos tubos metidos uno dentro de otro, y va fijada por sus extremos á estos dos tubos, que pueden seguir los movimientos de rotación y de deslizamento longitudinal que les imprime la torsión de la hoja. Uno de los tubos termina en un cilindro fijo B (fig. 1) cortado en plano inclinado; el otro tubo lleva también un cilindro análogo B' en plano inclinado, que se encuentra constantemente atraído al anterior por medio de un resorte antagonista en espiral C. El cilindro móvil B' va provisto de una pequeña corredera D, que sólo le permite verificar un movimiento longitudinal, bajo la acción de los pares de torsión ejercidos, movimiento que sirve para hacer mover una aguja indicadora sobre un cuadrante. Para ello el tubo B' lleva una gola profunda E, á la que va á parar el extremo de un pequeño árbol acodillado que gobierna la aguja F. El cuadrante nos dará, pues, las indicaciones proporcionales á la torsión del resorte, y por consiguiente á los momentos de los pares ejercidos. Una operación se hace entonces indispensable, la graduación empírica del cuadrante, que se obtiene del modo siguiente: el eje del resorte se fija sólidamente por uno de sus extremos al árbol del motor y en el otro extremo se fija una doble palanca equilibrada de o'1592 metros de radio.

Este radio se elige de modo que corresponda exactamente á una circunferencia de un metro de desarrollo. En estas condiciones, cada kilogramo aplicado al extremo del brazo de la palanca representa un trabajo de un kilográmetro por vuelta del sistema. Entonces se carga uno de los extremos de esta palanca con pesos sucesivos hasta alcanzar el máximo de torsión del resorte, máximo limitado por dos apoyos; al propio tiempo se hace operar al motor un movimiento lento, de modo que mantenga la palanca en posición horizontal. La aguja cambia de sitio en el cuadrante; entonces se anota la posición que ocupa y se indica la misma cifra que el número de pesos de que está cargado el platillo, y se tienen las expresiones de los momentos de los pares en kilográmetros. Luego se van retirando sucesivamente algunos kilogramos hasta llegar al cero, cuidando en cada una de estas operaciones de mantener la palanca en su posición horizontal, y así se va anotando cada nueva posición de la aguja. De este modo la graduación del cuadrante queda hecha desde el máximo al mínimo.

Medida de las velocidades angulares. – En principio, cualquier contador de vueltas, cualquier taquímetro hubiera podido dar la medida de la velocidad angular; pero M. Trouvé ha inventado dos aparatos especiales más sencillos todavía.

Consiste el primero en un tubo G (fig. 2), que forma torniquete, montado en su centro sobre un eje hueco con el que está en comunicación y que á su vez va unido por medio de un tubo de caucho á un manómetro H. El motor, al girar, atrae el torniquete, produciéndose con esto aspiración de aire por el eje hueco y aspiración por los extremos del torniquete. Esta aspiración determinará una depresión en la columna barométrica, con lo que tendremos una variación de nivel entre las dos columnas; á medida que aumentará la velocidad del motor aumentarán igualmente las depresiones. A fin de aumentar la sensibilidad del aparato, M. Trouvé recomienda que se incline la columna líquida y que se cambie de sitio el torniquete, poniéndolo en un medio más denso que el aire, por ejemplo, el agua ó el mercurio. Sea como fuere, una vez así dispuesto el manómetro no hay más que graduarlo empíricamente, para lo cual se hace girar al motor á velocidades variadas, cuya determinación se hace con mucha exactitud por medio de contadores de vueltas y aun mejor de torniquetes, y una vez hallados los distintos resultados, éstos se inscriben teniendo en cuenta las diferentes posiciones ocupadas por la columna del líquido.

El segundo aparato, que puede verse en la fig. 1, es parecido al que sirve para medir los pares y va unido al árbol por medio de una pequeña rueda de transmisión; está graduado sólo para indicar las velocidades angulares.

Como se ve, estos aparatos nos permiten determinar á un mismo tiempo los pares y las velocidades angulares, con lo que tendremos fácilmente la expresión de la potencia de una máquina

Ya hemos dicho al principio que el dinamómetro Trouvé podía servir á la vez de freno de absorción y de dinamómetro de transmisión. Veamos las disposiciones que se adoptan en cada uno de estos casos.

En el dinamómetro de absorción ésta se efectúa por medio de un volante K (fig 2) de aletas planas indeformables, puestas en rotación en el aire, y cuyas dimensiones varían según la potencia que haya de medirse A primera vista, extraña que se haga absorber cierto trabajo por una aleta que se mueve también en el aire. M. Trouvé ha reconocido por experiencia que para absorber una potencia de 78 kilográmetros por segundo, ó sea un caballo ó o'78 *Poncelet,* á una velocidad angular de 2.320 vueltas por minuto, bastaba equilibrar con un peso de 1.800 gramos el arrastre sobre una palanca de o'1592 metros. La fig. 1 presenta la disposición de una paleta montada sobre el árbol de un pequeño motor; esta paleta es de forma cuadrada, pero es evidente que puede revestir todas las formas, especialmente la circular, más fácil de hacer con el sacabocado. De este modo se dispone de una serie de aletas, y para cada caso se hace uso de la que más conviene á la velocidad de régimen del motor. No insistiremos en las formas particulares que hay que dar al trinquete según los distintos casos, pues basta para nuestro objeto haber indicado el principio que las informa.

La disposición del mismo aparato como dinamómetro de transmisión es sencillísima aun para las máquinas más potentes. La fig. 1 nos da un ejemplo de ella.

Por un lado la máquina motriz está unida al árbol sobre el que va montado el aparato; en el otro hay una dinamo ó máquina receptriz cualquiera. El dinamómetro de transmisión mide entonces exactamente la potencia mecánica transmitida al árbol de la dinamo, y esta misma potencia es la única especialmente interesante para conocer el producto propio de la transformación de la energía mecánica en energía eléctrica.

J. LAFARGUE

***

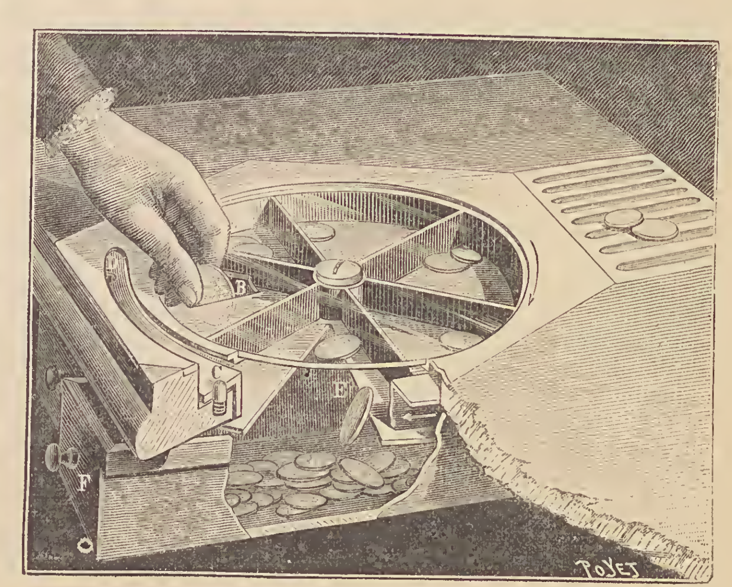
LA CIENCIA PRÁCTICA. – REGISTRADOR DE CAJA

Los ingleses, gente práctica y poco amiga de disputas inútiles, tienen para los usos ordinarios de la vida, y especialmente para los pagos de mano á mano, totalizadores de ingresos, registradores de pesos, etc., una gran variedad de aparatos ingeniosos.

Entre ellos figura el *registrador de caja,* de uso muy extendido en Londres y en París; es un aparato sencillo de cobre pulimentado y dividido en compartimientos cubiertos de una plancha de cristal templado. Puede ser adaptado á un mostrador, á una mesa cualquiera, pues ocupa muy poco sitio; nuestro grabado lo reproduce en la cuarta parte de su tamaño. Debajo de él se coloca un cajón para recibir la moneda.

Su modo de funcionar es sencillísimo. La suma que se percibe se introduce por una ranura B, y una vez caída la moneda en el compartimiento no puede ser extraída de él. De fácil comprobación, es á la vez testigo y juez mudo de las reclamaciones que pudieran producirse. Oprimiendo un poco el resorte C, y empujando el aparato en el sentido de la flecha en un recorrido de la sexta parte de la circunferencia, el sistema giratorio queda nuevamente fijado y dispuesto á recibir el pago siguiente.

De este modo las monedas están siempre en evidencia, pudiendo evitar de esta suerte las disputas que pudieran originar la mala memoria de unos y la mala fe de otros.



Registrador de caja

Hay aparatos de éstos de varias dimensiones y con distinto número de compartimientos. La ranura del botón central sirve para probar si las monedas son de plomo.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Salieron del estudio, y en el coche que les conducía hacia Montmartre, Mauricio, el inconstante Mauricio, reconciliado con su porvenir, forjaba mil proyectos y se trazaba todo un plan de vida. Una vez casado trabajaría formalmente. Por de pronto, inmediatamente después de la boda partiría con su mujer para pasar el invierno en el Mediodía, donde ella saldría de su cuidado. Conocía un lindo rincón en la Corniche, cerca de Antibes, en donde por otra parte no perdería el tiempo y de donde traería no pocos estudios de marinas y de paisajes. Al invierno siguiente arreglaría definitivamente su género de vida. El pintor Laugeol, su vecino, acaba de dejar su habitación: él la tomaría: «un estudio soberbio, con seis ventanas que daban al Luxemburgo.» Mauricio se consideraba ya allí, trabajando mucho y obteniendo un éxito en la exposición, con la correspondiente medalla, y escogía de antemano hasta la tapicería de su dormitorio. Además, ¡qué comodo sería para la nodriza y el niño tener el jardín tan cerca durante el buen tiempo!

Pero de pronto, en medio de su charlatanería, notó el doloroso aspecto de Amadeo, silencioso y arrinconado en el fondo del coche.

– Perdona, mi querido amigo, – dijo tomándole afectuosamente la mano. – Me olvidaba de lo que acabas de decirme... ¡Qué absurda es la suerte! ¡Cuando pienso que mi dicha te hace daño!...

El poeta miró á su amigo tristemente.

– Sé feliz con María y hazla dichosa; he aquí todo lo que para vosotros dos pide mi amistad.

Habían llegado á la falda de Montmartre y el carruaje subía lentamente por las montuosas calles.

– Amigo mío, – dijo Amadeo. – Pronto llegaremos. Tú te presentarás solo en casa de esas señoras, ¿no es así? ¡Oh! Pierde cuidado. Conozco á Luisa y á su madre: no te dirigirán ni una palabra de queja, y tu honrada acción será apreciada por ellas en todo su valor... Pero permíteme que no te acompañe... Me sería muy doloroso.

– Sí, comprendo, mi pobre Amadeo. Como quieras... Pero... ¡Vamos! Todo se cura, todo se calma, – contestó Mauricio, que suponía en los demás su ligereza de carácter. – ¡Ea! ¡Valor! Siempre me acordaré del servicio que acabas de prestarme. Porque ahora me avergüenzo de pensar... Sí, iba á cometer una villanía... ¡Vamos! Amadeo, un abrazo.

Diéronsele mutuamente, y el cochero se detuvo. Ya en la acera, Amadeo notó el gesto que hizo su amigo al ver la casa de las señoras Gerard, triste edificio destinado á hospedar á gente pobre, y cuya fachada de yeso cuarteado se asemejaba á las arrugas de un menesteroso. A uno y otro lado del portal había dos tiendas, una salchichería y una frutería, que exhalaban fétidos olores. Amadeo trató de desvanecer esta postrera repugnancia del delicado Mauricio.

– ¿Ves ese jardincito del fondo?, – le dijo. – Allí es... Hasta la vista.

Después de un último apretón de manos, se separaron. El poeta vió á Mauricio trasponer el sombrío pasillo, atravesar el patio, abrir la verjecita del jardín y desaparecer detrás de un macizo marchito. ¡Cuántas veces había pasado por allí Amadeo dulcemente emocionado con la idea de que iba á ver á María! Y era para arrebatársela para lo que Mauricio franqueaba aquel sitio por vez primera. ¡Y él lo había querido; él, Amadeo, había dado á otro la que tanto amaba! ¡Había suplicado á su rival, forzándole, por decirlo así, á que le robase su esperanza más querida! ¡Qué amargura!

Amadeo dió las señas de su casa al cochero y subió al coche alzando los cristales, porque empezó á caer una fría lluvia de otoño. Violentamente traqueteado en el infecto carruaje, que bajaba al trote por las calles de París, el joven poeta, estremeciéndose, veía pasar los relucientes coches y á los transeuntes cobijados bajo sus paraguas. Parecía que del plomizo cielo caía una tristeza pesada, y Amadeo, alelado por el disgusto que sentía, experimentaba la sensación del vacío, como si le hubieran robado el corazón.

Vuelto á su casa y en la Isla de San Luis, sintió repugnancia hacia sus muebles, sus grabados, sus libros en desorden y su mesa atestada de papeles. Las vigilias consagradas al estudio á la luz de la lámpara, las largas horas de meditación de la obra difícil, los años de juventud austera, sin placeres, que había vivido allí: todo había sido dedicado á María. Por ella, para conseguirla en su día, habíase entregado á aquel trabajo asiduo, á aquel obstinado esfuerzo. ¡Y en aquel mismo momento, la frívola y culpable niña estaría llorando de alegría en brazos de Mauricio, de su futuro esposo!

Sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos, Amadeo se abismó profundamente en su melancolía. Entonces parecióle su vida tan quebrantada, su destino tan funesto, su porvenir tan sombrío; se sintió tan desanimado, tan solitario, que durante un momento le abandonó el valor de vivir. Parecíale que una mano invisible le tocaba compasivamente en el hombro, y experimentaba á un mismo tiempo miedo y deseo de volver la cabeza; pues harto sabía que aquella mano era la de la muerte. No se la imaginaba con el aspecto de espantoso esqueleto que reviste en las danzas macabras, sino como una figura tranquila, envuelta en negros crespones, solemne y por tanto muy suave, que le estrechaba sin sacudidas contra su seno con ternura maternal, y que le adormecía sepultando su dolor en un reposo profundo, eterno y sin ensueños. Súbito se volvió lanzando un grito desgarrador, pues durante un momento creyó ver tendido á sus pies, apretando en su convulsa mano una navaja de afeitar, el cadáver de su desventurado padre, del suicida, del desesperado de amor, con el cuello desgarrado por una roja y horrible herida y con los grises cabellos esparcidos entre un mar de sangre.

Todavía tembloroso por aquella siniestra alucinación, oyó llamar á la puerta. Era el portero, que le traía dos cartas.

La primera tenía el célebre sello de «Comedia Francesa, 1680.» El administrador general, en términos muy amables, decía á Amadeo que había leído con el mayor gusto su drama en verso, titulado *El obrador*, y que esperaba que el comité de lectura aprobaría la obra.

– ¡Demasiado tarde!, – pensó el joven poeta, abriendo el otro sobre.



Esta segunda carta traía las señas de un notario de París, y participaba á M. Amadeo Violette que M. Isidoro Gaufre, director del *Crédito de las parroquias*, había muerto sin testar; y que por consecuencia, en calidad de sobrino del difunto, tenía derecho á una parte de herencia, no avalorada todavía, pero que podía calcularse en doscientos cincuenta ó trescientos mil francos.

¡Exito y fortuna! ¡Todo á la vez le caía del cielo! Al pronto, Amadeo tuvo un vértigo, un deslumbramiento de sorpresa; empero estos inesperados favores de la fortuna, que no tenían el poder de reparar su infortunio, hicieron comprender al noble poeta que la riqueza, la misma gloria, no valen lo que un sentimiento grande ó un hermoso ensueño; y enervado por la ironía de su destino, prorrumpió en una estridente carcajada.

XV

M. Violette padre no se equivocaba al suponer á M. Gaufre capaz de desheredar á su familia en provecho de su criada y amante; pero á Berenice había le faltado paciencia. El turbante y la barba corrida de un irresistible sargento mayor de zuavos de la guardia fueron causa de la perdición de la hermosa muchacha.

Un domingo en que M. Gaufre, según inmutable costumbre, cantaba las vísperas en San Sulpicio, echó de ver que por primera vez de su vida se le había olvidado su caja de tabaco, y como para este hipócrita personaje los santos oficios sólo eran soportables tomando frecuentes polvos, en vez de esperar á la bendición final y de dar en seguida su habitual paseo por los muelles, se quitó su ropón de cofrade, volvió impensadamente á la calle Servandoni y sorprendió á Berenice en tierno coloquio con el militar. La cólera del explotador de imágenes fué implacable. Despidió á la normanda ignominiosamente, rompió el testamento que había hecho en su favor, y algunas semanas después, ahogado por una indigestión de trufas á la marinera, dejó, á pesar suyo, todos sus bienes á sus herederos naturales.

Amadeo, cuyo drama, admitido en la Comedia Francesa, no debía representarse hasta la primavera, y á quien el notario encargado de liquidar la herencia de M. Gaufre adelantó algunos miles de francos; Amadeo, siempre triste y no sintiéndose con valor para asistir á la boda de Mauricio y de María, quiso, por lo menos, gozar un poco de su nueva fortuna y de la independencia que ésta le proporcionaba. Hizo dimisión de su plaza en el ministerio, y partió para Italia, esperando olvidar sus pesares.

¡Ah! ¡No viajéis teniendo una pena en el corazón! No os adormezcáis durante la noche en el vagón oyendo en el pensamiento el eco de un nombre demasiado querido. Amadeo sufrió este suplicio. En medio del ruido continuo de los rieles, creía oir voces lamentables, desesperadas, que pronunciaban repetidas veces el nombre de la mujer amada y perdida. A veces el tumulto se apaciguaba algo, los frenos, los resortes, las ruedas, toda la furiosa máquina de acero parecía como que se cansaba de aullar, atenuando su rítmico galope, y el viajero, rudamente mecido, percibía entonces en el ruido apaciguado una frase musical, al principio confusa, semejante á un lejano gemido, y luego más clara, pero siempre igual, cruelmente monótona, que era el fragmento de una canción que María cantaba en otro tiempo, cuando ambos eran niños. De repente resonaba un silbido lúgubre, que se prolongaba al través de la noche; el expreso se engolfaba rabioso en un túnel, bajo la bóveda sonora se redoblaba y exasperaba el espantoso concierto, y entre todos aquellos clamores metálicos, Amadeo aun percibía un ruido distinto, regular, semejante al de los martillos de una fragua de cíclopes, y cada uno de aquellos golpes enormes repercutía dolorosamente en su corazón.

¡Oh! Si tenéis algún pesar no viajéis, y sobre todo no viajáis solos. ¡Cuán hostil é inhospitalaria es entonces la primera sensación que se experimenta al llegar á una población desconocida!

Amadeo tuvo que sufrir la fastidiosa espera de los equipajes en la estación, las incomodidades del registro, la instalación difícil en el ómnibus entre viajeros prensados que se echaban miradas de sospecha y de mal humor; el recibimiento en el portal del hotel por el inevitable portero suizo de gorra galoneada, escuchando todas las jergas de Europa, asaltado por los que llegaban y embrollado por los «*yes, sir*,» los «*ja, wohl*» y los «*si, signor*.» Turista sin experiencia, Amadeo, que no llevaba una docena de maletas y que no tenía el aire insolente de rico, fué por instinto del suizo políglota relegado á un cuarto del piso ídem, con vistas al patio interior, tan lúgubre, que al lavarse las manos tuvo miedo de caer enfermo en semejante agujero y morir sin socorro. Para tranquilizarle, un aviso escrito en cuatro lenguas, colgado en la pared, le conminó á depositar en la oficina del hotel todo cuanto tuviera que fuese de valor ó importancia, igual que si hubiese penetrado en una selva infestada de bandidos, y además, el severo escrito le advertía que se le consideraba como un tramposo probable y que se le pasaría la cuenta cada cinco días.

Comenzó para él la abrumadora existencia de camino de hierro y mesa redonda. Iba á ser consignado de ciudad en ciudad como un saco de trigo ó un tonel de vino. Iba á hospedarse en las fondas presuntuosas y monumentales, en donde sería numerado como un presidiario y en donde encontraría en todos los comedores la misma familia de ingleses carnívoros, con la cual podría dar la vuelta al mundo sin cambiar ni un solo saludo. Iba á comer todos los días la sopa sosa, el pescado pasado, la carne correosa y el Burdeos insípido, que tienen, por decirlo así, un carácter internacional, y sobre todo, iba á experimentar todas las noches, al volver á acostarse, el horror de recorrer los monótonos y desolados corredores alumbrados por gas, en los que se deja sentir sobre uno el peso de la tristeza de los falansterios, viendo delante de las puertas cerradas pares de calzado cosmopolitas, gruesos zapatos con clavos de los alpinistas, innobles botas de alemanes, botinas conyugales de milord y de milady, que por su dimensión hacen pensar en las épocas de los gigantes trogloditas y que esperan con aspecto de cansancio al limpiabotas matinal.

En Italia, el imprudente Amadeo estaba destinado á todas las desilusiones y desencantos, á todas las nostalgias del turista solitario. Ante los famosos monumentos y los sitios célebres que desde hace siglos reproducen los pintores y mencionan los narradores de impresiones de viaje, y que han pasado, hasta cierto punto, al estado de antiguos modelos y de materia á propósito para el desenvolvimiento literario, Amadeo experimentó esa sensación de «ya visto,» esa falta de sorpresa que paraliza la facultad de admirar. ¿Me atreveré á decirlo? La catedral de Milán, ese enorme carcaj de flechas de mármol blanco, no le emocionó. Permaneció frío ante el sublime follaje de bronce del Baptisterio de Florencia, y en Pisa, la Torre inclinada le produjo el efecto de una sencilla mixtificación. En las silenciosas galerías de los museos, anduvo kilómetros, saturado de arte, empachado de obras maestras, y notó con disgusto que no podía soportar doce Adoraciones de Pastores y catorce Descendimientos de la Cruz consecutivos, aunque estuvieran firmados por los más gloriosos nombres. Las escenas de martirio y de suplicio tantas veces repetidas le fueron particularmente antipáticas, y sobre todo tomóle cierta tirria, más aún que al sempiterno San Sebastián atravesado de saetas, á cierto monje representado siempre de rodillas, orando, con un hacha colocada sobre la tonsura. Su atención enervada y depravada no discernía en una obra de arte más que el aspecto desagradable, el lado fastidioso. En los Primitivos, adorablemente cándidos, sólo distinguía el diseño infantil y bárbaro, y en los coloristas más renombrados sólo encontraba un tono monótono de amarillo de yema de huevo.



Quiso, á pesar de todo, estimular sus sensaciones, ver cosas extraordinarias, y corrió á Venecia, á la ciudad sin ruido, sin pájaros, sin verdor, al silencioso paisaje de cielo, mármol y agua; pero una vez allí, la realidad parecióle inferior á sus ensueños. Delante de San Marcos y de las *Procuraties* no experimentó la sorpresa, la sacudida de entusiasmo que deseaba. Desgraciadamente había leído demasiadas descripciones de estas maravillas y visto de ellas reproducciones más ó menos fidedignas. En su desencanto recordó una pantalla de casa de sus padres, que había excitado su imaginación de niño; una mala pantalla de cartón azul, en la que estaba representada una fiesta nocturna de Venecia con una serie de picaduras de alfiler, figurando las iluminaciones del palacio ducal.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Alfredo Tennyson. – Nació este eminente poeta inglés en 6 de agosto de 1809 en Somerby (Lincolnshire), estudió en Cambridge y á los 21 años publicó con su hermano Carlos los *Poems of two brothers*. En 1830 dió al público sus *Poems chiefly lyrical*, que tuvieron poco éxito, á pesar de que en muchos de sus detalles se revelaba el genio poético que resplandecía también en *Mariana recollection of the Arabian nights* y en *Claribel*. Un tomo de poesías que vió la luz en 1833 fué bastante maltratado por la crítica. Su primer triunfo se debió á los dos tomos de *Poems* que aparecieron en 1842, de los que se hicieron muchas ediciones; algunos de estos poemas, como *Morte d'Arthur*, *Godiva*, *The May Queen*, *The gardeners daughter*, son aun hoy día considerados como las más bellas creaciones de Tennyson. Su *Locksley Hall* ha sido siempre admirado por la profundidad y grandiosidad de sus conceptos, y su *The princess, a medley* es un precioso poema semirrealista semifantástico. En 1850 dió á la estampa un tomo de poesías con el título de *In memoriam*, dedicado á su amigo Arturo Hallam, fallecido hacía poco: en las composiciones de este libro se refleja toda el alma y toda la ternura del poeta. En 1851, Tennyson fué nombrado *Poet laureate* y vió aumentar considerablemente su fama con la *Ode on the death of the duke of Wellington* (1852), con su *Maude* (1855) y sobre todo con sus *Idylls of the King* (1858), colección de narraciones poéticas relativas al legendario rey Arturo, que más tarde se completó con *The Holy Grail* (1869), *Tristan and Iseult* (1871), *Gareth and Lynette* y *The last tournament* (1872). Además publicó *Enoch Arden* (1864) y *The Window or the songs of the Wren* (1870) y otras muchas obras que sería prolijo enumerar.

Como autor dramático ha escrito *Queen Mary* (1875), *Harold* (1876), *The Falcon* (1879), *The Cup* (1881), *The promise of May* (1882) y *Becket* (1884).

Otras de sus obras son: *The lover's tale* (1879); *Ballads and other poems* (1880), *Tiresias* y *Locksley Hall, sixty years after* (1886).

La tendencia poética de Tennyson es principalmente contemplativa; de aquí que sus descripciones de la naturaleza y de la vida del espíritu puedan con justicia ser calificadas de magistrales. Poeta lírico por excelencia, apenas deja entrever en sus composiciones el drama íntimo, el hecho humano de que dimanan las efusiones de su pensamiento; la realidad se confunde en él con el ensueño; sus personajes son, por decirlo así, intangibles, y aunque á veces despunta en sus obras el rasgo realista, Tennyson casi siempre rinde culto al más puro idealismo.

La Universidad de Cambridge ha honrado á Tennyson colocando en su Biblioteca el busto de este gran poeta, y la de Oxford concediéndole el grado de doctor.

En 1884, la reina Victoria, entusiasta admiradora de sus armoniosos versos, le elevó á la dignidad de par del reino, otorgándole el título de barón de *Altworth*.

Broma pesada. – Lo es, en efecto, la que algunos amigos guasones han jugado al protagonista de esta escena, enviándole una supuesta misiva en que la dama de sus pensamientos se mostraba dispuesta á huir con él y le daba cita para llevar á cima el proyecto.

Cierto que pecó de ligero nuestro hombre, no tratando de asegurarse de la legitimidad de la carta y acudiendo, sin más ni más, con sendos caballos para él y para su compañera al sitio y á la hora que en aquélla se le indicaban; pero ¿no sabemos, por ventura, que lo primero que hace el amor al apoderarse de un corazón es cubrir con tupida venda los ojos del enamorado?

En resumen; llegó la hora marcada y el burlado galán comprendió tarde el engaño. Es de suponer que los autores de la pesada broma no dejarían de presenciar ocultos el efecto de su plan y de reirse á más y mejor á costa del cándido amigo.

Todo esto se desprende del bello dibujo que reproducimos, en el que, aun estando de espaldas el personaje, se adivina la impresión que debe reflejarse en su semblante, y aun sin estar en escena los burladores se presiente su presencia para gozarse en la comprometida situación del infeliz burlado.

Apio Claudio en el Senado romano, copia de un fresco de César Maccari, existente en el palacio del Senado de Roma. – Obligado á abandonar la Macedonia, que por un momento tuvo bajo su poder, y llamado y tomado á sueldo por los tarentinos en guerra con los romanos, mecíase Pirro, rey del Epiro, en las más halagüeñas ilusiones y acariciaba las más dulces esperanzas soñando con un imperio que comenzara en Roma, continuara por Sicilia y Cartago y terminara en Grecia, aspiración suprema del príncipe de los moloses. Tras algunas victorias obtenidas no sin grandes pérdidas sobre sus enemigos, acampó en las colinas que rodean á Roma y envió á su consejero Cineas á los romanos, proponiéndoles la paz.

Ya el Senado romano, amedrentado por las derrotas sufridas y dominado por la elocuencia de Cineas, se disponía á entrar en negociaciones con Pirro, cuando el viejo censor Apio Claudio el Ciego, conducido por sus cuatro hijos, todos los cuales habían sido cónsules, se presentó ante la Asamblea y pronunció un fogoso discurso, terminando con estas palabras, que fueron la respuesta que en definitiva obtuvo Cineas de los senadores: «Si quiere la paz – dijo – que empiece por salir de Italia.» El patriotismo de Apio Claudio salvó á Roma y á la Península: Pirro, derrotado en algunos combates y vencido por la grandeza de ánimo del pueblo romano, acabó por evacuar la Italia.

El notabilísimo pintor italiano César Maccari ha estado en extremo feliz al escoger para uno de los frescos del actual palacio del Senado de Roma, cuya ejecución le fué encomendada, este interesante episodio de la historia romana. Y no menos acierto ha demostrado en la ejecución del asunto: su composición es grandiosa, como la índole del motivo escogido exige, y la pintura abunda en toques enérgicos propios de la situación que reproduce; no hay en ellos confusión á pesar de las numerosas figuras que aparecen hábilmente agrupadas, ni monotonía no obstante predominar en la misma el color blanco de las senatoriales togas. Las figuras, llenas de expresión y naturalidad, están perfectamente sentidas, sobresaliendo entre ellas la del anciano ciego y la del emisario de Pirro, que airado y sorprendido se levanta de su asiento al ver escapársele de las manos la tan codiciada victoria.

Es, en suma, una pintura digna del asunto que representa, del edificio á que está destinada y de la fama que ha alcanzado su ilustre autor.

Los hermanitos, cuadro de José M. Marqués. – Tantas veces hemos elogiado á nuestro querido colaborador, que forzosamente hemos de incurrir en repeticiones cada vez que publicamos alguna de las preciosas composiciones de su pincel salidas. Cada nueva obra suya es una confirmación del juicio que siempre nos ha merecido el Sr. Marqués, á saber: que sabe *ver* la naturaleza y reproducirla, que sabe sentir sus figuras y

hacerlas sentir á los demás; que sus cuadros, en suma, son de los que verdaderamente deleitan, y que para llegar á este resultado nunca tiene que apelar á falsos efectos y sí sólo á lo que sus ojos de artista de verdad descubren y á lo que su delicado sentimiento le dicta, dando á lo concebido una forma elegante y simpática y un colorido armonioso, brillante y exacto.

En *Los hermanitos* se descubren desde luego estas cualidades, y por esto estimamos inútil hacer á este cuadro aplicación especial de lo que dejamos dicho; aplicación que, por otra parte, harán mejor que nosotros los que lo vean y que de fijo serán de nuestro mismo parecer.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

REVOLTILLO, *por D. Gonzalo Picón Febrés.* – Con este título ha publicado el distinguido escritor venezolano una colección de interesantes artículos políticos y literarios. En los primeros se estudian algunos hechos y algunos hombres de la historia de Venezuela, y en los segundos se reflejan los juicios del autor sobre asuntos de críticos, se describen impresiones de viaje y se contienen entretenidas narraciones.

Bien pensados y bien escritos, los trabajos del Sr. Picón Febrés constituyen una amena y provechosa lectura y justifican el renombre que ha alcanzado el autor del *Parnaso venezolano, Fidelia* y de las *Semblanzas y estudios literarios.*

***

LA CIRCULACIÓN DE LA MATERIA Y DE LA ENERGÍA EN EL UNIVERSO. *Nuevo ensayo de filosofía natural por D. Manuel Crespo y Lema.* – Como su título lo indica, es esta obra, que acaba de publicar en Jerez el Inspector de Ingenieros de la Armada, retirado, D. Manuel Crespo y Lema, un estudio de los fenómenos naturales explicados por las leyes de la materia. Partiendo de las evidencias físicas, como tales reputadas por la moderna ciencia, analiza esos fenómenos y los explica por medio de una nueva hipótesis, que aplicada á la Astronomía permite al Sr. Crespo hacer gala de los conocimientos científicos que en toda la obra campean. En ésta se estudian la materia, los agentes físicos, el sistema solar, la historia de la tierra, la estructura y vida del Universo y los principios de las ciencias físicas.



LOS HERMANITOS, cuadro de José M. Marqués

REGLAMENTO DEL MONTEPÍO PROVINCIAL DE BARCELONA PROTECTOR DE LOS OPERARIOS DE LA EDIFICACIÓN. – Es tan laudable el pensamiento que ha guiado á los organizadores de este Montepío, que no dudamos merecerá la protección de cuantos se interesen por aliviar la suerte de la clase obrera; para fomentarla se establece en el Reglamento la clase de socios protectores y se admiten para la Sociedad los donativos de las personas caritativas.

Para demostrar que el Montepío es digno de esta protección basta simplemente consignar los fines del mismo, que son: 1.° Procurar el mejoramiento y seguridad de los medios auxiliares de la edificación para evitar en lo posible las desgracias de los operarios; y 2.° Subvenir, cuando sea dable, á los obreros que sean víctimas de algún accidente desgraciado y en su caso á las familias de los mismos.

Estos fines los realiza, en nuestro sentir, por completo el Montepío, y por ello merece plácemes la Comisión organizadora, en la que figuran conocidos arquitectos y maestros de obras y de la que es presidente el distinguido arquitecto don Modesto Fossas y Pi.

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN